KONRAD ADENAUER STIFTUNG



Diversamente occidentales

Entrevistas sobre identidad y política en América Latina

Dr. Alexander Görlach

Diversamente occidentales.
Entrevistas sobre identidad y política en América Latina
Dr. Alexander Görlach

© 2021 KONRAD-ADENAUER-STIFTUNG e. V.
FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER
Plaza Independencia 749, of. 201, Montevideo, Uruguay
Tel.: (598) 2902 0943/ -3974
E-mail: info.montevideo@kas.de
www.kas.de/uruguay
@KASMontevideo

Director
Sebastian Grundberger

Subdirector
Thomas Schaumberg

Coordinación editorial
Ángel Arellano
Manfred Steffen

Asistencia de edición
María Sánchez Vielma

Traducción
Alexandra Álvarez, Juan Carlos Gordillo y Manfred Steffen

Corrección
Alejandro Coto

Imagen de portada
Shutterstock

Diseño y armado
Taller de Comunicación
Obligado 1181, Montevideo, Uruguay
www.tallerdecomunicacion.com.uy

Citar esta publicación como:
Görlach, A. (2021). *Diversamente occidentales. Entrevistas sobre identidad y política en América Latina*. Montevideo: Konrad Adenauer Stiftung.

ISBN: 978-9974-8706-9-7

DIÁLOGO POLÍTICO es una plataforma para el diálogo democrático entre los influenciadores políticos sobre temas de relevancia en América Latina con base en los valores de libertad, solidaridad y justicia. Conecta a la región con los grandes debates geoestratégicos en el mundo. Construye una ventana de difusión de proyectos de la Fundación Konrad Adenauer en América Latina.

DIÁLOGO POLÍTICO es parte del Programa Regional Partidos Políticos y Democracia en América Latina (KAS Partidos). Tiene el objetivo de reducir la polarización política a través de un debate pluralista, constructivo e informado, orientado al bien común, para fortalecer el centro político desde sus raíces socialcristianas, liberales y conservadoras.

www.dialogopolitico.org – @dplatinoamerica_

Contenido

Introducción 4

Identidades étnicas: una perspectiva actual sobre la identidad latinoamericana 8

Entrevista a Albina Ruiz Ríos

Reflexiones sobre Occidente desde la *latinoamericanidad* 12

Entrevista a Homero Aridjis

Una visión histórica y política sobre *nuestra* identidad 19

Entrevista a Camila Perochena

Colombia, su identidad y los escenarios políticos 24

Entrevista a Sergio Guzmán

Desarrollo económico y el nuevo orden mundial en la construcción de identidades 30

Entrevista a Fredy Vargas Lamas

La diversidad de género en la construcción de la identidad 35

Entrevista a Genaro Lozano

Dinámicas desde una democracia ejemplar en Centroamérica 41

Entrevista a Javier Echeverría

Geopolítica de la identidad regional 45

Entrevista a Henning Droege

La paz en Colombia, un vínculo en la construcción de la identidad 53

Entrevista a José Alejandro Cepeda

La identidad política en América Latina 58

Entrevista a Christian E. Rieck

Reflexiones finales: la inacabada construcción de la identidad regional 65

Introducción

Vivimos en la era de la identidad. En todo el mundo, la gente se pregunta quiénes son, a qué grupos pertenecen y qué significa la identidad para su vida comunitaria y de cara a su relación con aquellas personas que no pertenecen al *grupo*. América Latina no está libre de los debates sobre identidad que se están dando en todo el mundo y que interpelan a la sociedad en su conjunto. Veamos primero lo que sucede en varias de las naciones occidentales referenciales antes de profundizar en el contexto latinoamericano. Por ejemplo, los alemanes se preguntan desde hace tres décadas seguidas qué significa ser alemán. ¿Existe una cultura alemana dominante y, de ser así, qué implica? Los alemanes están en buena compañía: sus vecinos europeos, en Francia e Inglaterra, también se han hecho esta pregunta y la han debatido en detalle en los medios de comunicación.

Al este de Alemania, en Polonia y Hungría, la identidad ha tomado un rumbo distinto al de Europa Occidental. Los nacionalistas radicales han ganado allí la discusión y, con representación actual en el gobierno, prácticamente decretan lo que significa ser polaco o húngaro. Responden a la pregunta de la identidad haciendo referencia a la religión y a la cultura, excluyendo a todos aquellos que no pueden presentar estas características mayoritarias. Al mismo tiempo, las sociedades democráticas han renunciado a referirse a una herencia religiosa en particular, lo que las obliga a preguntarse quiénes son o quieren ser más allá del patrimonio histórico.

La pregunta por la identidad no solo preocupa al mundo occidental: en China, el presidente Xi Jinping ha ordenado un retorno a Confucio con el objetivo de poner su filosofía y ética al servicio del Partido Comunista chino por completo. En el país vecino de la India, el primer ministro Narendra Modi ha declarado que el país pasaba de ser una democracia a un Estado hindú, convirtiendo así a los aproximadamente doscientos millones de musulmanes que viven allí en personas no deseadas. En Rusia, Vladimir Putin se ha convertido en el guardián en jefe de lo que, en su opinión, es la cultura cristiana, mientras acusa a Occidente de la decadencia y depravación, consecuencias de legalizar la homosexualidad. En Turquía, el presidente Recep Tayyip Erdoğan se ha anexado el legado otomano para presentar a las y los turcos como descendientes de dichos conquistadores. Al expresarse abiertamente sobre cuestiones religiosas y revalorizar a su favor el islamismo en el país, está destruyendo la narrativa de una Turquía laica y democrática. La lista de países en busca de una identidad es larga y abarca todos los continentes, todas las áreas culturales e idiomas y no excluye sistemas políticos o ideologías.

Los motivos de esta búsqueda de la identidad son variados: a raíz de la disrupción de las últimas tres décadas, la globalización y la digitalización, las certezas previas del mundo se han disuelto. Este proceso no tiene una sola causa. Con vistas a la búsqueda de la identidad y las diversas sendas que conducen a ella, sean estas inclusivas y cos-

mopolitas o excluyentes y aislacionistas, ambas reaccionan de forma diferente frente a un mismo hecho: las certezas que hasta ahora habían mantenido unidas a las sociedades han desaparecido para siempre. El ambiente vital de las personas hoy es pluralista. Si nuestros antepasados vivieron en silos étnicos, religiosos y culturales, hoy muchas familias en todo el mundo no solo tienen contacto con personas que son *diferentes*, sino que incluso forman parte de su familia a través del matrimonio.

Desde hace algunos años, la mayor parte de la humanidad vive en ciudades. Desde tiempos inmemoriales las ciudades fueron y han sido consideradas desquiciadas y abominables. ¿Por qué? Porque en ellas la pluralidad siempre ha hecho tambalear las certezas. En la Biblia, Babilonia es *la gran ramera* porque en ella se adora a muchas deidades y, en consecuencia, la gente acuña diferentes estilos de vida.

Si en el pasado esta pluralidad aún podía evitarse, eso hoy ya no es posible. La opción exclusivista, elegida principalmente por los populistas de extrema derecha como respuesta a la nueva realidad, consiste en reafirmar los derechos de la mayoría y establecer y derivar de ellos cualquier legitimación. Por ejemplo: puesto que la mayoría de los húngaros son católicos, todas las personas que vivan en Hungría deben vivir de acuerdo con los principios de la mayoría católica. En Alemania tenemos un discurso similar cuando se trata del «Occidente cristiano». Cuando se protesta contra la afirmación de una identidad monolítica, aquellos que la defienden alegan que uno ya no puede expresarse libremente y que se es silenciado por una pequeña minoría.

Esto es incorrecto: hoy en día, en Alemania ninguna mayoría pertenece más a una de las dos grandes Iglesias de antes. En las ciudades alemanas, entre el treinta y el cuarenta por ciento de las personas tienen antecedentes migratorios. El monolito cristiano ya no existe. Algunos lo pueden lamentar. La mayoría de las personas, sin embargo, cambian gradualmente con las transformaciones que perciben a su alrededor. Por ende, en las ciudades reina ahora un conjunto de valores diferente que en el campo. El autor británico David Goodhart resume este hecho confrontando dos grupos: aquellos que pertenecen al grupo de los *en cualquier lugar* (*anywhere*) y aquellos agrupados bajo la categoría de *en algún lugar* (*somewhere*). Aquellos caracterizados como *en cualquier lugar* son para él, a grandes rasgos, aquellas personas que viven en las ciudades, tienen estudios universitarios, hablan lenguas extranjeras, viajan. Me gustaría agregar que se trata de personas que, en su entorno vital, simplemente se enfrentan a situaciones más variadas, son confrontados por más pluralismo que aquellos agrupados bajo la etiqueta de *en algún lugar*. Con esta categoría Goodhart hace referencia a aquellos *fieles al terruño* en el que viven. Esto va de la mano con una constelación socioeconómica en la cual la gente tiene menos educación y gana menos, a diferencia de la ciudad. Pero el punto crucial con respecto a la identidad y los valores resultantes es otro: las personas en el campo ven a las mismas personas toda su vida. Ello no es ni bueno ni malo, un *anywhere* no es mejor que un *somewhere* y viceversa.

Sin embargo, en el campo la vida en común sigue criterios diferentes. Los lazos familiares son más importantes, la participación en la Iglesia y en las agrupaciones juega un papel diferente. La cohesión social, el control social y la paz social están sujetas a leyes diferentes. El referéndum del *brexit* y la elección de Donald Trump demostraron que estos diferentes ambientes vitales y sistemas de valores influyen en los destinos de la política mundial. En Inglaterra, la gente de Londres votó por *permanecer* [en la Unión Europea], mientras que la mayoría de la gente fuera de los suburbios de la capital votó por *salir*. En Estados Unidos, el criterio decisivo entre quienes votaron por Hillary Clinton y quienes votaron por Donald Trump fue la densidad poblacional: en las zonas rurales, la mayoría votó por Trump; en los lugares donde vive mucha gente, es decir, en las ciudades plurales, Hillary Clinton llevó la delantera. Algunos comentaristas dicen que Clinton perdió en el campo debido a su género. Si esta interpretación es correcta, ello volvería a enfatizar las diferencias entre el sistema de valores de la ciudad, en la que existen distintos modelos de vida para una mujer, y el campo, en el que se sigue una distribución de género tradicional.

En muchos lugares es evidente que la pelea, por no decir la guerra, por la identidad se trata de un enfrentamiento entre aquellos que viven en la ciudad contra los que viven en el campo, y no tanto (o no principalmente) de una lucha entre una sociedad mayoritaria contra una minoría migrante. La retórica de aquellos *en algún lugar*, que reclaman la salvación de Occidente, sugiere que los musulmanes que vienen como inmigrantes son quienes quieren subyugar al cristianismo. En realidad, apenas unos cuantos tienen esta fantasía supremacista. No obstante, los inmigrantes juegan un papel secundario, ya sea en la discusión sobre el papel de la mujer, la aceptación legal y social de la homosexualidad o las personas transgénero. Se trata, más bien, de un conflicto en la toma de posición dentro de la sociedad en su conjunto. En cuestiones llamativas y sujetas a la opinión, como el papel de los transexuales, el argumento en juego es que el mundo tal y como lo conocemos sufrirá una transformación brutal. Con ello, los populistas posicionan a los *somewhere* contra los *anywhere*. Los *somewhere* son elogiados por los populistas como guardianes del *ser verdadero*, mientras que la forma de vida y los valores de los *anywhere* son tachados de elitistas y desapegados y, al mismo tiempo, se les adjudica una especie de conspiración mundial contra los *somewhere*. Los populistas y autócratas de todo el mundo hacen uso de este patrón por igual. Esta forma de retórica jugó un papel en los Estados Unidos y el Reino Unido. También en Alemania, los representantes de la ultraderecha AfD niegan legitimidad a quienes no simpatizan con sus ideas, pues no hablan como alemanes *verdaderos*, *reales*.

Para nuestros propósitos conviene señalar primero que los populistas utilizan el cambio como una especie de vehículo, a través del cual adquirir poder. Esto sucede, por un lado, mediante la separación antes descrita entre la clase *anywhere* y la clase *somewhere*. Solo exacerbando el discurso y explotando el sentimiento de inseguridad provocado por el cambio que perciben los *en algún lugar*, los populistas pueden lograr que, al final, ya no haya ningún contacto entre ambos grupos. Del lado de los *en ningún lugar* este cambio es aceptado y traducido a una práctica cultural y económica activa. Así, la brecha entre los dos grupos se hace cada día más grande, pues la globalización y la digitalización son hechos contra los que los populistas pueden si acaso confabular, más no revertir.

La polarización generada con ello solo puede ser sostenida si se acusa a la otra parte de hacer afirmaciones falsas a través de *fake news*. Como en otros conflictos anteriores, la lucha por la identidad se ha convertido así en una pelea que transcurre de forma masiva a través de la opinión pública mediatizada. Hoy, este público mediático está constituido por las distintas redes sociales —Facebook, Instagram, WhatsApp, Twitter— y, por tanto, también aquí deberían valer competencias regulatorias que no difiriesen de las de los medios clásicos. Sin embargo, hasta hace muy poco, estos actores tecnológicos de la era digital se han negado a actuar de acuerdo con sus responsabilidades. La aritmética utilizada en estas plataformas sociales está sujeta a las leyes del capitalismo, es decir, en las ofertas que las plataformas digitales ofrecen a las personas hay más que lo que pueden percibir como verdadero y asumir a voluntad. En una esfera pública crítica y democrática, aquellos que la conforman no deberían adivinar la diferencia entre consumidor y ciudadano, sino dejarla clara. Si esto no sucede, harán el juego a las fuerzas extremistas que quieren dividir y destruir la arena pública democrática y pluralista, como bien lo demostró el escándalo de Cambridge Analytica.

Latinoamérica y la posibilidad de interpretar su código identitario

Para nuestra cuestión sobre la identidad, esto implica que primero se tienen que desactivar muchas bombas de humo y hacer a un lado las distracciones para descubrir el núcleo de la búsqueda de la identidad más allá de los debates polarizadores sobre las *fake news*. Entonces volvamos a América Latina, una región que no está libre de los debates que ya esbozamos con respecto a otros países. En diciembre de 2018, el populista de izquierda Andrés Manuel López Obrador fue elegido para el cargo de presidente

en México. Su campaña electoral apeló principalmente al interior, al orgullo de los mexicanos, y abordó las ofensas con las que el presidente de Estados Unidos, Trump, denigró a los mexicanos como candidato («todos los mexicanos son violadores») y luego en la Oficina Oval. Hacia el interior, AMLO, como se le conoce, operó de manera similar a los populistas de derecha, en cuanto que se presentó como la voz del pueblo contra las élites desconectadas y corruptas del país. Sus primeros actos oficiales estuvieron acompañados de un simbolismo a la altura: el abandono de un nuevo aeropuerto, importante para la Ciudad de México, y el anuncio de que en el futuro ya no viajaría en el avión presidencial. Ambos gestos tenían la intención de apuntalar los tonos sugeridos durante la campaña electoral.

El conflicto entre México y Estados Unidos en particular alcanza el núcleo de nuestra cuestión: la identidad o, más específicamente, las identidades de Latinoamérica. Hace casi treinta años el historiador de Harvard, Samuel Huntington, escribió su obra *El choque de civilizaciones*. En ella afirmaba que, a su juicio, el mundo está formado por siete áreas culturales que al menos entrarían en competencia entre sí —si no es que colisionarían en un conflicto armado— en el futuro, tras el colapso del comunismo y del orden mundial (conocido). Huntington operaba aquí de forma similar a como Francis Fukuyama, profesor en Stanford, lo hiciera en su obra *El fin de la historia,* en la que concibió la posibilidad del fin de la esencia, el sentido y el objetivo de la historia. Ambos autores se sitúan en la tradición de la especulación histórica europea que, a partir de Thomas von Fiori, alcanzó un punto álgido en la filosofía de Hegel y fue coronada por *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, hasta llegar a los libros de Huntington y Fukuyama.

En aquel libro de Huntington, América Latina no es parte de la cultura occidental. Y en su último libro antes de morir, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, deja claro por qué: para él, los migrantes de América Latina, moldeados por la cultura católica de España, son un peligro para Estados Unidos. Huntington concibe Estados Unidos más como un país para colonos protestantes blancos. Y de este modo revive, a su vez, las animosidades entre México y los Estados Unidos que han existido desde la guerra entre los dos países a fines del siglo XIX, lo que imposibilita ver qué tienen en común estas dos Américas.

Limitado por su examen preideológico, Huntington no pudo ver que Latinoamérica es parte de aquella cultura occidental que tanto le apasionaba defender. Con ello, el historiador ha reforzado lo que, al menos en la práctica, es una realidad viva, más allá de las cuestiones teóricas sobre la pertenencia: América Latina era y es vista como la casa pobre hacia la que los cristianos de la Europa antigua envían sus donaciones en Navidad. Que algo pudiese provenir de Sudamérica capaz de enriquecer y configurar a Europa y a los Estados Unidos de forma sostenible, no es algo que se haya tomado en consideración.

A la vista de todos allí están los elementos que conectan Sudamérica con el norte del continente y con Europa: una religión en común, un mismo idioma. Todos los movimientos históricos de ideas, todas las corrientes filosóficas que se abrieron paso en Europa, llegaron poco más tarde al Nuevo Mundo. Lo mismo se aplica a la arquitectura y el arte.

La colección de entrevistas que aquí presentamos examina las identidades latinoamericanas en profundidad, en franco diálogo con personas conocedoras que desde dentro o fuera de la región examinan la identidad del hemisferio, sus desafíos y occidentalización. ¿Cuánto de la identidad propia de América Latina oculta a su vez otras identidades del antiguo continente? ¿Qué tan íntimamente están conectadas estas identidades latinoamericanas con la historia y el destino de Europa hoy mismo? ¿Qué papel juega Estados Unidos, geográficamente más cercano pero, debido a la tensa situación en torno al tema migratorio, aparentemente más amenazante que esperanzador?

Aquí continúan las entrevistas para responder todas estas preguntas.

Dr. Alexander Görlach

Entrevista a Albina Ruiz Ríos (Perú)

Identidades étnicas: una perspectiva actual sobre la identidad latinoamericana



En esta entrevista se abordan conceptos relacionados con la identidad latinoamericana, enmarcados en tópicos globales de índole política, ambiental y cultural para conocer, desde la óptica de la reconocida ambientalista, el proceso de identidad actual y sus vinculaciones históricas con Europa y Estados Unidos, las dinámicas sociales y políticas, los elementos identitarios frente a otras culturas y los desafíos ambientales de las comunidades autóctonas.

La historia de Latinoamérica se define desde un proceso de consolidación cultural, complementada por sus pueblos originarios, sus riquezas, su historia, su organización social, religión y lenguas. A partir de esta realidad, Latinoamérica conforma su identidad y sus sistemas de inclusión en las dinámicas de las grandes potencias y corrientes globales.

Albina Ruiz Ríos es peruana, ingeniera industrial, docente, fundadora y presidenta de la ONG Ciudad Saludable. Es consultora del Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, Corporación Andina de Fomento y Sociedad Alemana para la Cooperación Internacional (GIZ). Es miembro del Consejo Consultivo del Ministerio del Ambiente y viceministra de Gestión Ambiental del Ministerio del Ambiente del Perú. Asesora al despacho ministerial del Ministerio de Producción y al despacho viceministerial de Pesca y Acuicultura del Perú.

Ha sido ganadora de una serie de premios y reconocimientos nacionales e internacionales, entre los que se destacan el de *mejor ambientalista de Latinoamérica* otorgado por la revista de negocios *Bravo* de Estados Unidos, el premio al *proyecto más innovador en el mundo* por el PNUD y la municipalidad de Dubai, el premio Global Energy en la categoría Tierra otorgado por el Parlamento Europeo en Bruselas, el premio Leadership del Global Fairness Initiative, EUA, y el premio Albert Medal otorgado por la Royal Society for the Encouragement of Arts de Inglaterra.

Frente a los diversos debates sobre el concepto de identidad, ¿qué significa para usted la identidad?

> Creo que es importante diferenciar que uno puede tener una identidad personal pero también una identidad cultural y, más allá, una identidad nacional o latinoamericana. En este caso, para mí, *identidad* es el sentido de pertenencia que uno tiene a su país, con base en nuestra propia historia, identificarnos con nuestra cultura, nuestras costumbres, nuestra gastronomía, nuestras características como seres emprendedores, innovadores, saber poner el hombro ante la adversidad, entre otras cualidades.

Por más de cuarenta años el término identidad ha sido un recurso ineludible en sociología. ¿Qué cree que ha cambiado en su conceptualización? ¿Por qué las personas expresan hoy el término identidad ya no solo como individuo, sino como grupo?

> Creo que siempre estuvo presente. Por ello los países tienen símbolos, banderas, himnos,

que serían aspectos que nos llevan a construir una identidad, aunque más patriótica. Hoy en día ha ido cambiando hacia una identidad de los orígenes culturales, de nuestras raíces, de nuestros ancestros. Antes la gente tenía vergüenza de decir que venía del interior del país, de la sierra, de la selva o de una comunidad negra. Hoy los medios de comunicación han influido positivamente en valorar esos orígenes y se habla de la identidad asociada a una identidad cultural, que tiene que ver con nuestras danzas, nuestras comidas, nuestras celebraciones, entre otros. De allí que existan los clubes departamentales, las hermandades en torno a un santo, virgen o ser mítico, que sin lugar a duda también construye una identidad.

¿Cómo es el discurso sobre la identidad en su país?

Hoy el discurso de identidad está más relacionado a la gastronomía. Hay muchos programas que valoran las costumbres de los pueblos. Hay una serie de acciones desde los propios gobiernos locales por rescatar las tradiciones como las danzas, la biodiversidad, las semillas y las comidas como ingredientes de una cultura y una gastronomía peruana que se diferencia del resto del mundo.

Una visión actual sobre Occidente desde la identidad latinoamericana

¿Cómo se percibe hoy a Estados Unidos y Europa, desde la identidad forjada en Latinoamérica a partir de sus propias raíces?

Creo que, cada vez más, los países han ido trabajando y haciendo descubrimientos sobre las ruinas y el legado de los incas, así como de los nativos de cada lugar, permitiendo una valorización cultural recíproca. Pero también hay un sentimiento de descontento, de rabia hacia los conquistadores, o hacia las políticas económicas que vienen de organismos ligados a los Estados Unidos. Sin embargo, la tecnología ha hecho que ello se difumine en una aleación cultural global, sin perder la esencia, la historia de los propios pueblos. Además, América Latina ha ido generando también sus propias características, como emprendedores, como personas que disfrutan más de la vida, en donde la felicidad no está tan valorada en términos materiales y de dinero, sino en el disfrute de la familia, de la comida, de los bailes, etc.

«América Latina ha ido generando también sus propias características, como emprendedores, como personas que disfrutan más de la vida, en donde la felicidad no está tan valorada en términos materiales y de dinero, sino en el disfrute de la familia, de la comida, de los bailes, etc.»

En Europa se ha iniciado un proceso que analiza críticamente la época y las prácticas del colonialismo. ¿Cómo ven las personas en América Latina este período de su historia? ¿Hay un cambio de actitud hacia Occidente aquí?

Va cambiando. Cuando estamos en la escuela o en el colegio, al leer la historia nos llenamos de rabia, de impotencia; luego lo vamos asimilando, buscando los beneficios de ese proceso. Lo más difícil de asimilar es la agresividad con la que quisieron eliminar las costumbres o culturas religiosas, la medicina alternativa y las lenguas nativas. En ese proceso, lamentablemente, la intervención de la religión con sus misioneros jugó un papel nefasto, incluso

de maltrato con los niños y niñas que no se querían doblegar a hablar su idioma o cuando los retiraban de sus familias, rompiendo así la transferencia cultural inmediata en comida, canciones, idioma, vestimenta, etc. Por esto muchos jóvenes se apartan de la religión.

En América Latina se expresa una especie de amor por Europa, por el viejo mundo. Estados Unidos, aunque está mucho más cerca y es mucho más crucial para el desarrollo de América Latina, es visto de manera más crítica. Europa es amada, Estados Unidos aceptado. ¿Es esa su percepción también?

Para la gran mayoría de jóvenes desempleados, o de muchas familias, su sueño dorado es USA, porque lo ven como el país de la oportunidad de trabajo y de mejorar. Aunque no siempre las condiciones de trabajo sean las más óptimas y no puedan ejercer la carrera que hayan estudiado, terminan quedándose; mientras que Europa se aprecia más para el viaje de vacaciones, para ir a estudiar, conocer aquello que se ha visto en los libros estudiando historia universal.

Para la gran mayoría de jóvenes desempleados, o de muchas familias, su sueño dorado es USA, porque lo ven como el país de la oportunidad de trabajo y de mejora [...]; mientras que Europa se aprecia más para el viaje de vacaciones, para ir a estudiar, conocer aquello que se ha visto en los libros estudiando historia universal.

Latinoamérica: identidad y democracia

¿La democracia como parte de las categorías identitarias de la organización política latinoamericana se ha visto amenazada frente a la desigualdad?

Latinoamérica ha pasado a lo largo de su vida histórica por varios golpes militares, con la ruptura de la democracia, con el alto costo de muchas vidas de sus ciudadanos, también por procesos de terrorismo. Es importante ver que la gran mayoría se identifica con procesos democráticos, con rechazo a la violencia y a la corrupción, una de las mayores problemáticas de los últimos tiempos en toda Latinoamérica. Y esos aspectos felizmente no son recogidos en la identidad nacional, que está más asociada a los rasgos o aspectos positivos de la democracia.

La identidad cultural china le ha permitido desarrollar un nacionalismo exacerbado, fundamentado en el Estado hegemónico que se caracteriza por impulsar la entidad étnica como defensa al autoritarismo en países del mundo libre. ¿Este desarrollo también existe en América Latina? ¿Qué opina al respecto?

El autoritarismo ha estado presente; esperamos que no vuelva más. No creo que el autoritarismo genere identidad. La identidad es sentimiento, apego; es orgullo y es un concepto que puede desenvolverse en países democráticos.

El conflicto que existe hoy con Estados Unidos me parece que se basa en imágenes históricas de enemigos. Por un lado, el protestante británico; por otro, el católico español. ¿Es esa la razón por la que Donald Trump hablaba frente a sus partidarios de la infiltración extranjera de latinoamericanos?

La verdad es que nada que se construya atacando a otros puede generar empatía. La única manera de construir sociedades más justas e igualitarias es con el respeto al otro a sus creencias, a su identidad, a sus costumbres, siempre y cuando este no afecte los derechos a la libertad y a un ambiente saludable para todos.

Pachamama, médula de la identidad

América Latina está experimentando una grave sobreexplotación de la naturaleza. ¿Pueden las fuentes de los pueblos indígenas provocar aquí un cambio de tendencia?

Los pueblos indígenas están cada vez más organizados para proteger a la naturaleza y

cuentan con mayor participación ante el Estado y la comunidad extranjera, generando convenios internacionales que permiten proteger tanto a los pueblos indígenas como a sus tierras, resguardando sus recursos naturales, su lengua, sus servicios básicos, y rechazando las intervenciones que se hacen sin respetar sus costumbres y cultura, dado que pueden destruir no solo equilibrio de la naturaleza sino también las costumbres ancestrales de los pueblos originarios.

Por último, ¿cómo debería plantearse la discursiva identitaria de su país en todo el continente?

Me gustaría que fuera respetando todas las lenguas, las culturas y, sobre todo, valorando los saberes ancestrales sin dejar de lado los avances tecnológicos. Pero nuestra fortaleza y orgullo está en revalorar nuestra cultura, nuestra biodiversidad, nuestro patrimonio cultural y ambiental. Nuestra identidad también está ligada a las características de sus ciudadanos como somos en América Latina: emprendedores, solidarios, innovadores, creativos.

«No creo que el autoritarismo genere identidad. La identidad es sentimiento, apego; es orgullo y es un concepto que puede desenvolverse en países democráticos.»

Podemos decir que en Latinoamérica persiste un proceso de culturización que se confronta y complementa, donde confluyen concepciones, razas, lenguas, historias, mitologías y creencias que construyen en sí misma a esta identidad, tan diversa y particular, creada desde una mirada colectiva del nosotros, que participa, busca y da, al mismo tiempo que confronta al pasado y al futuro, en un proceso tan dinámico y contradictorio como lo es su relación en torno a la idílica Europa y su rechazo a la colonia.

Es una construcción de identidad que refleja esas nuevas resistencias y afinidades, así como nuevas sumisiones y rechazos a cambios culturales, ambientales, tecnológicos, políticos y económicos en los que Latinoamérica continúa el diálogo pluricultural promoviendo nuevos modelos de identidades que avanzan al unísono en los contextos globales y progresan en la inclusión de los sistemas de las grandes potencias.

Entrevista a Homero Aridjis (México)

Reflexiones sobre Occidente desde la *latinoamericanidad*



Homero Aridjis, considerado uno de los poetas mexicanos más importantes de la actualidad, nos deja conocer en esta entrevista sus reflexiones sobre la ambigüedad y dualidad presentes en las realidades de América Latina y sus vinculaciones con Europa, la influyente cultura occidental que participa en la construcción de la identidad latinoamericana, la transformación sociocultural que viene atravesando el mundo y, por último, su preocupación y compromiso ambientalista.

Cuando se habla de identidad en América Latina aparece un fenómeno poco común, que integra su origen indígena con las formas culturales incorporadas durante más de doscientos años, en un contexto que generó dominaciones y hegemonías, complejidades y dolor, así como una constante negación a las categorías identitarias que la componen: lengua, religión, historia, organización sociopolítica, gastronomía, arquitectura, entre otras; al mismo tiempo que emerge una aceptación consciente de estos elementos traídos del Viejo Mundo, que hacen de ella una identidad pluridimensional y que complementan a la *latinoamericanidad* que viene reconfigurando el enfoque geopolítico sobre la cultura occidental.

En esta entrevista a Homero Aridjis profundizamos en la América Latina que se reconoce como parte de Occidente, conocemos sus símbolos y representaciones occidentales, las diferencias históricas de México y Estados Unidos en la construcción de la herencia occidental, hablamos sobre el contexto cultural europeo y la intervención del mundo musulmán.

Homero Aridjis es uno de los poetas y novelistas más importantes de México, también es un activista ambiental y diplomático. Fue embajador en los Países Bajos, Suiza y la UNESCO, se desempeñó como presidente de PEN International durante dos mandatos.[1] En 1985 participó en la fundación del Grupo de los Cien, integrado por artistas e intelectuales de todo el mundo que han luchado por la preservación y protección de la Reserva de la Biosfera Mariposa Monarca, las tortugas marinas, las ruinas mayas y los pueblos indígenas.

Es autor de más de cuarenta libros de poesía y prosa, entre los que se encuentran *Mirándola dormir* (1964), colección de poesía ganadora del Premio Xavier Villaurrutia al mejor libro del año, y *Memorias del nuevo mundo* (1988), ganador del Premio Literario Novedades Diana. De sus novelas destacan las traducidas al inglés *1492: The Life and Times of Juan Cabezon of Castile* (trad. Betty Ferber, 1991), nombrado Libro Notable del Año del *New York Times*, y *El señor de los últimos días: visiones del año 1000* (trad. Betty Ferber, 1995). Ha sido profesor en distintas instituciones, incluidas las universidades de Columbia, Nueva York, Indiana, Costa del Golfo de Florida y Bennington College.

1 Homero Aridjis. (s. f.). En *Fundación de Poesía*. Chicago. Recuperado de https://www.poetryfoundation.org/poets/homero-aridjis el 7 de diciembre de 2020.

¿Cuáles son sus ideas sobre el concepto de Occidente?

Para mí, el concepto de Occidente es muy claro. No lo es a veces para la gente en Europa, por su ignorancia sobre América Latina. Para nosotros es muy claro porque hablamos una lengua occidental, seguimos la cultura grecolatina, que es la misma que en los Estados Unidos, pero no en inglés sino en español. Están, por ejemplo, estas preguntas sobre cuál es el concepto de Occidente, que son muy importantes porque cuando usted siente en México que está viviendo en Occidente a causa de la lengua, religión, cultura y las relaciones humanas, a veces encuentra que México es muy diferente, que es un país muy indígena, pero hay mestizaje.

Es muy importante la definición de mestizaje. Una persona mestiza es parte de dos mundos: el mundo europeo y el mundo americano. Estaba el enigma del sino y el destino, porque han sido siglos de relaciones y de mestizaje. Por ejemplo, cuando los españoles vinieron a México les trajeron a los indígenas la religión en latín. Hacían incluso imágenes religiosas como en España, como en la Europa de esa época —recordemos que España era el país más poderoso de Europa en ese tiempo—. Después de la conquista de Hernán Cortés vino lo que se llamó la *conquista espiritual* de México. Fueron los frailes quienes llegaron a México a convertir a los indígenas al cristianismo. Hubo un Pedro de Gante que bautizaba a unos cinco mil indígenas por día. Entonces, desde ese momento, la relación se tornó muy importante, porque muchos de los nombres que los indígenas preferían para su bautizo eran cristianos, y especialmente les gustaba la Virgen María.

Religión e identidad

En nuestros tiempos, si usted mira hacia los países europeos o hacia España, la religiosidad, la religión como un puerto de identidad y como un modelo de identidad —como usted dice, «somos cristianos y eso es lo que define al Occidente»— está, supongo, en decadencia. Mientras, en Latinoamérica, México y muchos otros países, la religiosidad, la fe cristiana, la forma en que se profesa cuenta con mucha gente en la sociedad. Eso parece más bien un elemento de desconexión, en vez de un elemento de conexión en nuestras identidades.

Hay cosas de Latinoamérica que los europeos han olvidado, por ejemplo, conceptos de historia o cultura, etc. Lo han olvidado porque quienes están perdiendo su identidad son los europeos. Ahora se puede decir que la *islamización* de Europa es más fuerte que en Latinoamérica. En América Latina se conservan las mismas raíces, las mismas tradiciones. Pero quien está perdiendo su identidad es Europa; está tornando más y más a la Edad Media, como cuando el mundo musulmán dominó a Europa en el año 1000 hasta que España logró la independencia.

Los musulmanes entraron a España en el año 711 y fueron derrocados en 1492; fueron más de siete siglos. Pero el mundo musulmán llegó a México a través de los españoles. Los españoles trajeron cosas a México, a Latinoamérica, como la arquitectura, conceptos sobre el mundo, filosofía, religión, arte, literatura, muchas cosas. Por esa razón, lo que Samuel Huntington dice en el libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, deja ver que ignoraba a Latinoamérica como parte de Occidente. Eso es una total estupidez, porque también el mundo español viene a los Estados Unidos, a través de México, con las llamadas *misiones religiosas* a California. Hubo una colonización de los Estados Unidos desde México, a través de los españoles. Cuando los Estados Unidos todavía no existían, México ya estaba allí. Tenía a los aztecas, a los mayas, a los olmecas; a todas estas civilizaciones.

Usted mencionó la expansión del islam como el detonante de la política europea en estos tiempos, sea en Polonia, en España o en Alemania. Todo es cuestión de inmigración. Latinoamérica

siente de un modo muy europeo la herencia de la historia europea. ¿Es lo que usted también siente con el encuentro entre los mundos musulmán y europeo?

Sí, exactamente. De Europa vinieron a América Latina a través de los españoles. España era el imperio de ese entonces. Era muy importante, no solo para la conquista de Latinoamérica o de las Indias nuevas, sino que era muy importante para traer a Europa a América Latina. Y los Estados Unidos no existían en ese tiempo; fue luego de varias colonias, incluso ya estaban los franceses y estaban los holandeses —Nueva York era Nueva Ámsterdam—, estaban los ingleses y los españoles, y Estados Unidos era un país completamente nuevo. Por ejemplo, en la era Trump hubo una política de no reconocer a México ni como vecino. Querían construir un muro que separara a los Estados Unidos de América Latina. Ese es un muro cultural, peor que el muro alemán.

Símbolos culturales de occidentes en América Latina

Eso es interesante porque también, en los conceptos occidentales, América del Norte —por ende, los Estados Unidos y Canadá— es parte de Occidente. Entonces, ahora decimos que también México, y con México el mundo hispanoamericano, forma parte de Occidente. Pero parece haber, como usted acaba de mencionar, un nuevo muro, un conflicto cultural entre los Estados Unidos y México, o México como el símbolo de toda América Latina. Se ha afirmado durante años que la identidad blanca anglosajona se siente absorbida por la inmigración católica hispánica, ¿qué piensa usted de este conflicto?

Mi padre es griego y mi madre mexicana con raíces españolas. Mi concepto de Occidente es la cultura grecolatina, no la anglosajona. A veces, los anglosajones sienten que son los dueños de la cultura occidental. Pero ustedes tuvieron un emperador que vivió en el siglo XVI, Carlos V, que era alemán y español. Eso era el Occidente en ese tiempo. Y a través de Carlos V y de Felipe II, que fue el hombre más culti-

vado del período, porque todos ellos tenían a pintores como Hieronymus Bosch o Tiziano. Toda la gran pintura de la época estaba en España. Y España tenía su extensión en el Nuevo Mundo. Por ello, en México, antes de que Estados Unidos existiera como país, teníamos ya la primera universidad en las Américas, en el Nuevo Mundo. Ya teníamos catedrales, iglesias, monasterios, pintura, el llamado neobarroco. Teníamos un país occidental en México antes de que existieran los Estados Unidos.

En el siglo XVII tuvimos la primera biblioteca en las Américas. El obispo Palafox fue su fundador, en Puebla. Entonces, para llamarla una civilización o cultura occidental, ¿qué se necesita? Se necesitan los símbolos, o la representación de la civilización occidental, la cultura. Los primeros pintores en el Nuevo Mundo estaban en México. Juan Pablos estaba haciendo libros a comienzos del siglo XVI, y vino de la conexión con Alemania, España (Sevilla) y México, ¿ve usted? Para mí, esos son los símbolos de la civilización occidental.

Para llamarla una civilización o cultura occidental, ¿qué se necesita? Se necesitan los símbolos, o la representación de la civilización occidental, la cultura.

Mucha gente en Europa argumenta que los Estados Unidos no son parte de Occidente porque son superficiales, no son históricos, no tienen los rasgos de la Europa Occidental; son también capitalistas y no realmente cristianos. Inglaterra es algo en el medio. Pero con el nuevo *brexit* sucediendo, Inglaterra se vuelca más hacia el mundo anglosajón, al que pertenece, que hacia Europa Occidental. Eso es lo que argumentarían algunos. Pero este concepto de Occidente —y yo estoy seguro de que usted lo conoce—, lo que se llama *Das Abendland* en alemán, enfatiza mucho más la cultura, la filosofía, la religión y las artes.

Lo que yo veo son los símbolos de una cultura —civilización— que viene de Europa; son para mí la cultura occidental. Y México tiene estos símbolos integrados en su propia cultura. Yo nunca pensé que México no fuera un país de

Occidente. Pero es muy complejo, porque al mismo tiempo que es un país occidental por la cultura que viene de Europa, la lengua —yo hablo español, una lengua occidental—, y que es rico en lo intelectual, en filosofía y también en las artes, es un país indígena, muy americano.

Esa es la dualidad y la ambigüedad de la cultura que la gente como Samuel Huntington no entiende. Los Estados Unidos son para mí más que un país típicamente occidental, está convirtiéndose en un país global. Porque usted ve que Europa está ahí, pero si usted va al oeste de los Estados Unidos, hay una riqueza de cultura oriental, especialmente China, y también ahora en Nueva York. De igual modo, está la gente negra. ¿Dónde se ponen los negros? Vinieron como esclavos a los Estados Unidos, pero son africanos de origen. No son occidentales. Entonces usted tiene ahora en los Estados Unidos una cultura afroamericana muy fuerte.

Pero ¿qué significa eso? Usted mencionó a España. Y España tiene el País Vasco, Cataluña, Galicia, tiene una gran variedad. Yo diría que, especialmente si usted ve dentro de Europa, encuentra muchas identidades. Todas son bienvenidas bajo esta única sombrilla de los ideales europeos. La idea de que usted es alemán, habla alemán y tiene una cultura germano-europea es muy diferente, porque, incluso en Alemania, los bávaros son distintos a la gente de Hamburgo. De modo que no estoy seguro de este concepto que usted expone —es decir que, así como están los afroamericanos, están los sinoamericanos, están los americanos blancos—. Yo trataría de ver y percibir que siempre, al menos, hay un gran solapamiento. Si usted se fija en la inmigración en Europa —usted mencionó el islam—, la *tercera generación,* los descendientes de los inmigrantes de 1960, dirían en las encuestas que se sienten turcos, que se sienten alemanes, que se sienten musulmanes. De modo que hay más de una identidad. Uno puede adoptar muchas. ¿No es así?

Sí. Probablemente estamos en lo cierto; en este momento decimos que la más exclusiva o más precisa definición de la cultura de nuestro país ha desaparecido. Por ejemplo, usted va a Inglaterra y tiene una fuerte presencia de pakistaníes e indios. En Francia hay seis millones de musulmanes, así como en Alemania hay cinco millones. Entonces está llegando a ser como antes, como fue probablemente en el año 1000, cuando esa presencia en Europa era muy fuerte, antes de que se armaran las invasiones en Europa. Ahora son invasiones demográficas, como usted lo ve en los refugiados, etc.

«Para llamarla una civilización o cultura occidental, ¿qué se necesita? Se necesitan los símbolos, o la representación de la civilización occidental, la cultura.»

Los tiempos están cambiando, y no hemos visto estos cambios en los conceptos obsoletos. Incluso el concepto de justicia en Europa ha cambiado. En las novelas del siglo xix o de comienzos del siglo xx en Inglaterra, en las llamadas *historias de detectives*, usted veía que había un caso de crimen y el juez y los detectives tardaban años en investigar. Estaban sentados, iban a sus oficinas, fumaban, se reunían, caminaban, y los criminales estaban sentados del otro lado de la calle. Pero ahora, en este período, usted tiene este tipo de ineficiencia. Hay un crimen —por ejemplo, terrorismo o cualquier otra cosa —, y probablemente en la próxima hora los criminales dejan el país. Entonces, todos los conceptos de investigación, jueces, juicios, han desaparecido, porque con esta lentitud —no es una cultura de alta velocidad o de períodos, como se tienen ahora en Berlín o Londres—, en la próxima hora usted puede estar en otro país. Esto cambia muchas cosas.

Usted fue embajador de México en los Países Bajos, en las Naciones Unidas en Ginebra. Viaja frecuentemente a Europa. Acaba de ser profesor visitante en Alicante, España. Usted es un viajero de ambos lados del Atlántico, del Occidente, ¿De qué modo podría usted reconocerse?

Yo viví en Nueva York durante muchos años. Mi esposa es de Nueva York. Mi hija es de Nueva York y mi segunda hija nació en los Países Bajos. Puedo decirle que soy un mexicano verdadero, o un griego verdadero, o griego-europeo, porque mi padre era un griego que vivió en Asia Menor, ahora Turquía. Mi esposa era de Nueva York, y sus ancestros vinieron de Europa, de Polonia y de Rusia. Entonces vivía en Nueva York. Una de mis hijas nació en Nueva York y la otra en los Países Bajos. Una vive ahora en Londres, la otra en Brooklyn y nosotros vivimos en México. Y viajamos continuamente a Europa. Entonces, puedo decir de mí: «Oh, yo soy un mexicano verdadero. Yo soy un griego verdadero porque del griego vienen mi nombre y mis ancestros, la cultura griega». Yo lo puedo decir, pero esto es común para mucha gente, el tener herencia griega. Yo fui desde 1969 hasta 1972 profesor en la Universidad de Nueva York, y entonces Nueva York era otra ciudad. Cada vez más, y más y más, es una ciudad global, más hispana, más china, más de Oriente Medio, y también coreana. Usted puede encontrar allí mucha gente de Corea del Sur.

Las transformaciones culturales y la globalización

Lo que usted describe, sobre lo que hace a la cultura occidental, o sobre lo que es nuestro concepto de ella, ¿no es como exaltante, cambiante, emergente hacia una suerte de identidad global?

Sí. Bueno, es algo imparable. Supongo que estamos viviendo en un tiempo de cambios indetenibles. Nadie puede detener estos cambios que están teniendo lugar en el mundo ahora, esta pluralización social, globalización y comunicaciones, la Internet, todo. Por ejemplo, los barcos que traían las primeras copias de *Don Quijote*, los libros de Cervantes, al Nuevo Mundo; venían a México, a Colombia, al Nuevo Mundo y tomaban meses en llegar. Ahora imprimir esos libros es más rápido que un avión, porque mandan los archivos a través de Internet y usted los tiene al instante. Antes, el viaje de la cultura era muy lento; era el tiempo. También la mentalidad, el curso de la vida, ahora es muy distinto. Incluso si somos la misma gente, ¿no?

> ***«Para mí, es* América *desde Alaska hasta Chile; son* las Américas. *Esto es muy diferente en el mundo anglosajón y en el mundo hispano-latino. Están las Américas, pero no solo* una *América. No son solo los Estados Unidos de América.»***

Solo para volver por un momento a Occidente, creo que, si usted preguntara sobre Latinoamérica en las calles de Europa, quizás fuera de España y Portugal —por ejemplo, en Alemania, de donde vengo yo—, no sabrían mucho de eso. Tampoco habría mucho reconocimiento de Latinoamérica como parte de Occidente, como en: «Oh, somos sociedades avejentadas. ¿Por qué no invitamos a jóvenes de Latinoamérica para que trabajen aquí, para que aprendan inglés, alemán, o cualquier cosa, para rejuvenecer nuestras sociedades?». ¿Qué diría usted sobre cuáles pueden ser las grandes contribuciones de Latinoamérica al resto del mundo occidental?

Bueno, usted tiene cultura, tiene arte, tiene incluso comida. Usted va a los Estados Unidos

y está inundado de comida mexicana. Está llegando también a Inglaterra. También llegan de Latinoamérica tomates, chocolate, papas. En Perú hay ochenta especies de papas. Usted tiene el chili. Tiene muchas cosas que vienen a ser una presencia diaria en las casas. Por ejemplo, cuando voy a Nueva York, a Los Ángeles o a muchos lados, no puedo decir más «esta es una ciudad americana». Yo digo: «¿usted quiere decir los Estados Unidos?». Porque, para mí, es *América* desde Alaska hasta Chile; son *las Américas*. Esto es muy diferente en el mundo anglosajón y en el mundo hispano-latino. Están las Américas, pero no solo *una* América. No son solo los Estados Unidos de América.

Para mí, es *América* desde Alaska hasta Chile; son *las Américas*. Esto es muy diferente en el mundo anglosajón y en el mundo hispano-latino. Están las Américas, pero no solo *una* América. No son solo los Estados Unidos de América.

Usted mencionó, en el comienzo de nuestra conversación, la herencia y la tradición cristiana. Está la teología de la liberación como una contribución de Latinoamérica, yo diría, a la teología y filosofía cristiana del último siglo. ¿Es algo que ayudaría en Occidente, donde hay debates sobre justicia, justicia social, redistribución, aun sobre redistribución en la era de la inteligencia artificial, donde la automatización suplantará nuestra fuerza de trabajo? Esta es una vasta, amplia diversidad de temas. Pero ¿diría usted, como alguien que resalta la herencia y la filosofía cristiana, que la teología de la liberación es algo en lo que en Occidente deberíamos adentrarnos más?

En los sesenta conocí a Iván Illich en Cuernavaca. Yo estaba quedándome en su monasterio con mi esposa Betty. Lo visitamos. En ese momento, a comienzos de los sesenta, él era uno de los primeros predicadores de la teología de la liberación. Recuerdo que me decían que hubo visitas de algunos americanos de los Estados Unidos, monjas, al monasterio de Iván Illich. Él comenzó a hablarles y produjo un escándalo en la moral de estas monjas americanas, porque dijo: «¿Qué hacen ustedes por la humanidad, para ganarse la gracia del Hijo de Dios?». Y dijeron, «Oh, rezamos todo el día en nuestro monasterio». Iván Illich fue muy radical y les dijo: «¿Ven ustedes? Una prostituta en un burdel produce más beneficios públicos que los rezos de ustedes. Ellas están en el mundo, luchando por la bondad, la dignidad y la igualdad, muchas cosas. Y ustedes pierden su tiempo en un cuarto, rezando y viviendo en una comunidad que no sale al mundo». Y les dijo: «Salgan al mundo. Vean la pobreza, vean la injusticia, vean la desigualdad social. Pero no pierdan su vida entera en un monasterio. Salgan al mundo». Yo recuerdo que yo tenía un amigo, un escritor que se estaba muriendo, que llamó a Iván Illich para que lo confesara antes de morir. Mi amigo el escritor luego me dijo que empezó a confesarle sus pecados a Iván Illich y este le dijo: «Por favor, deténgase. Yo no puedo oír estas estupideces, esas trivialidades convencionales. Para mí, el único mal está en el daño a otra gente. Si usted le hace mal o daña a otra gente, confiese eso. De otro modo, descanse por un momento, coma bien, o mire por la ventana el hermoso paisaje, pero no me moleste con esas trivialidades».

¿De modo que usted diría que en América Latina se recomenzó a través de la teología de la liberación también a estar un poco más relajados, y a ser menos tercos y no concentrarse en cosas poco importantes?

Hay que trabajar con los seres humanos, liberarlos de la esclavitud, de la injusticia, de la pobreza; hacer algo por la humanidad, por la gente.

El poeta y la defensa del ambiente

Yo también lo creo, a través de todo el entorno y la naturaleza en la que vivimos. No estoy divulgando secretos cuando digo que usted ha estado muy implicado con el ambientalismo, y también comprometido cuando Latinoamérica decidió, bajo el liderazgo de México, convertirse en una zona libre de armas nucleares.

Lo tenemos que hacer. Nací en una localidad llena de naturaleza, donde las mariposas monarca nos enseñaban todo. Crecí rodeado de una hermosa naturaleza. Siempre, desde que era niño, amaba la naturaleza. Pero, en 1995 —mi esposa fue muy importante en esta parte—, del Grupo de los Cien me preguntaron: «¿Usted es biólogo?». Y yo dije: «No». «¿Usted es científico?». «No lo soy». «¿Es economista?». «No lo soy». Me hacían esas preguntas. Y yo digo: soy un ser humano y soy un poeta. Como poeta, un compromiso hacia la naturaleza, hacia la defensa del entorno, es espiritual, es material. Yo crecí en una localidad donde había muchos indígenas que estaban unidos a las raíces como árboles. Vengo de este activismo, en el que esta vida es nuestra relación con la naturaleza. Y no necesito ir a la universidad para estudiar cómo defender a la naturaleza, porque lo tengo en mi diario vivir.

De esta manera, puedo decir que no era una teología de la liberación, sino una ecología de la liberación. Entendí que, en la actividad, en la defensa de la naturaleza, la mía era muy diferente de la de los europeos, o de la de los americanos, porque mucha de esta gente estaba en grupos y eran muy, muy estrictos; tenían una economía que era muy distinta. Mi compromiso con la naturaleza era directo, yo iba a las calles a defender un árbol, iba a las calles a defender un animal. Era el contacto humano con la naturaleza. No era abstracto, no era una oficina. Entendí que yo era diferente. Iba a los bosques y peleaba directamente con los leñadores. Por ejemplo, cuando defendía a las tortugas marinas —mataban cien mil tortugas marinas en el océano—, un día me encontré con un cazador furtivo, que vino hacia mí y me dijo: «Si veo a este bastardo del Grupo de los Cien, lo mato». Y le dije: «Soy yo. Soy Homero Aridjis. ¿Cómo estás?». Y se desconcertó, porque yo no estaba asustado. Y me dijo: «Ves, si yo necesito un dólar americano, un dólar, me meto en el agua y lo tomo, porque he matado diez mil tortugas marinas». Y le dije: «Felicitaciones, porque eres un perfecto cobarde, matar a un indefenso, hermoso animal. Debes estar muy orgulloso de ser una bestia». Y se desconcertó. Pero ciertamente yo estaba amenazado. No era por este cazador furtivo. Había un hombre de lentes oscuros, y mi amigo, que estaba conmigo, me dijo: «Cuidado. Este idiota no es peligroso. El peligro es el hombre de allá. Es un traficante de drogas. No son los desastres ambientales, las talas, las muchas cosas, sino los traficantes de drogas; esa es la gente peligrosa, porque te matan, es la gente que defiende eso».

«Latinoamérica se moldea entre la riqueza cultural de sus antepasados indígenas y la herencia europea.»

Reflexionar en torno a las características del escenario social y cultural actual nos permite ver las transformaciones que está experimentado la identidad en el mundo, frente a una Europa que viene matizando sus orígenes entre lo grecolatino e islámico, un Estados Unidos culturalmente globalizado, mientras que Latinoamérica se moldea entre la riqueza cultural de sus antepasados indígenas y la herencia europea.

En este contexto podemos seguir buscando la definición siempre incompleta sobre identidad en Latinoamérica, tan ambigua como determinante al momento de construirse. Un continente que representa la suma de características comunes y diferentes, del que emergen nuevas maneras de apreciar el mundo, con nuevas narrativas contemporáneas, con subjetividades y estilos de vida que siguen transformando y enriqueciendo a esta sociedad pluricultural.

Entrevista a Camila Perochena (Argentina)

Una visión histórica y política sobre *nuestra* identidad



En la siguiente entrevista nos acercaremos a los procesos históricos contemporáneos que identifican actualmente a la cultura argentina, el discurso político polarizador peronismo-antiperonismo, la herencia hispánica en comparación con otros países latinoamericanos, las difíciles relaciones con Estados Unidos e Inglaterra, así como los distintos acuerdos y conflictos sociopolíticos que conforman la identidad de este país sureño.

A lo largo de la historia, la dinámica política de cada país ha enriquecido los modos de identificarse de una cultura. Las memorias colectivas interpretan su pasado y se afianzan en creencias, ideologías y costumbres con las que dan forman a su propia identidad. Diversas son las características identitarias que representan a Latinoamérica, y de manera particular a Argentina, un país que ha vivido una de las mayores inmigraciones europeas durante las épocas de la colonia y de los migrantes de ultramar. Se reconoce e integra a *lo gauchesco* y *lo criollo* en medio de acontecimientos que definen la historia argentina como el nacimiento de la patria, la conceptualización del Estado, el crecimiento económico, el auge de las colectividades trabajadoras, el nacionalismo político, la Guerra Fría y el conflicto por las islas Malvinas, dictaduras, golpes de Estado y la transición democrática, dando forma a una normativa, y a instituciones y símbolos que hasta hoy buscan amalgamar a esta sociedad tan multirracial como multicultural.

En la siguiente entrevista a Camila Perochena conoceremos, desde una visión histórica, reflexiones sobre identidad y los procesos políticos de la Argentina contemporánea, las crisis que confrontan las ideologías políticas actuales, las interacciones con Estados Unidos, sus vinculaciones con Europa y la construcción de la identidad nacional.

Camila Perochena es historiadora y magíster en ciencias políticas, docente del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Torcuato di Tella y columnista del diario *La Nación*. Se ha destacado por sus investigaciones sobre los usos políticos del pasado en Argentina durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, y en México durante el gobierno de Felipe Calderón.

Frente a los diversos debates sobre el concepto de identidad, ¿qué significa para usted la identidad?

> En términos personales o individuales la identidad es la manera en que una persona se define a sí misma, es lo que nos hace ser quiénes somos, la consciencia que cada uno tiene de sí mismo. La identidad de una persona puede pasar por diferentes dimensiones: el equipo de fútbol que le gusta, la ciudad en la que vive, la religión en la que cree, la profesión a la que se dedica o las personas a las que vota. Dependiendo del caso, algunas de estas dimensiones definen mejor que otras. Algunas explican mejor quién soy yo. Sin embargo, la identidad no se puede entender solo en términos individuales; hay un juego recíproco entre el plano individual y el colectivo. La identidad es también determinar en quiénes nos reconocemos y en quiénes no. La

identidad de una persona se entiende por su pertenencia a diferentes grupos que adquieren una identidad colectiva.

Discurso polarizador entre un *nosotros* y un *ellos*

¿Cómo es el discurso sobre la identidad en su país?

En Argentina circulan diversos discursos sobre la identidad, pero el más habitual es principalmente político y polarizador. Es decir, el que se expresa desde los grupos dirigentes y que circula en los medios de comunicación en relación con la identidad es un discurso en el que las identidades políticas prevalecen sobre otro tipo de identidades (religiosas, de género, raciales). Pareciera que saber a qué gobierno apoya una persona alcanza para sacar conclusiones sobre quién es esa persona, qué valores defiende, qué posiciones morales tiene.

Además, es un discurso polarizador que plantea un antagonismo entre un *nosotros* y un *ellos*. Es muy común en Argentina hablar de *la grieta* que separa al oficialismo (peronismo/kirchnerismo) de la oposición (antiperonismo). En el año 2008 se produjo en Argentina un conflicto entre el gobierno y los sectores agroexportadores al que se lo conoció como *conflicto con el campo*. Se inició por un aumento de un impuesto a los agroexportadores y se extendió por diversos sectores sociales. Los ruralistas iniciaron paros en la comercialización de granos y oleaginosas, que luego estuvieron acompañados de cortes de ruta. Las protestas se fueron haciendo cada vez más masivas, incluyendo cacerolazos en las ciudades, mientras que las posiciones conciliadoras del gobierno dieron paso a posturas más radicales e intransigentes. Luego de cuatro meses de conflicto, el proyecto fue enviado al Congreso, donde obtuvo media sanción en la Cámara de Diputados. En el Senado se llegó a un empate que fue resuelto con el voto del vicepresidente Julio Cobos a favor del campo.

«La identidad no se puede entender solo en términos individuales; hay un juego recíproco entre el plano individual y el colectivo. La identidad es también determinar en quiénes nos reconocemos y en quiénes no.»

Existe cierto consenso en la literatura acerca de que el llamado *conflicto con el campo* representó un parteaguas en el derrotero del kirchnerismo, ya que dio lugar a la «profundización del rumbo», la «radicalización» o el «giro populista». Hasta ese momento, el gobierno kirchnerista seguía una estrategia transversal que buscaba incluir a diversos sectores dentro de su coalición. A partir del conflicto, se inició un proceso de polarización social y política en el que los productores agropecuarios fueron identificados como la «derecha oligárquica» y asociados a prácticas antidemocráticas y destituyentes, mientras que el gobierno se autodefinió como «nacional y popular». Si bien Mauricio Macri asumió en 2015 diciendo que pretendía «cerrar la grieta», pronto descubrió que reditуaba más mantener el conflicto que conciliar, y asumió también un discurso político basado en el antagonismo.

En las elecciones de 2019, la polarización iba a encontrar un límite electoral. En un reconocimiento de dichos límites, Cristina Fernández de Kirchner eligió a Alberto Fernández como el candidato que permitía ampliar la base electoral. En la nueva coalición de gobierno conviven hoy la identidad intensa, cohesionada y agonista del kirchnerismo, con individuos, grupos y sectores que no se consideran parte

del kirchnerismo. Esos sectores, representados por Alberto Fernández, parecen no sentirse cómodos con la identidad agonista del kirchnerismo, pero no logran ofrecer una identidad alternativa que les dé fuerza y homogeneidad.

Europa y Estados Unidos: su transición histórica en Argentina

¿Cómo se percibe hoy a Estados Unidos y a Europa desde la identidad forjada en Latinoamérica a partir de sus propias raíces?

Pensar a América Latina como un bloque homogéneo ya representa un problema. La idea de Latinoamérica, tal como la plantea Mauricio Tenorio Trillo en su último libro *Latin America. The Allure and Power of an Idea*, nunca fue un lugar real o un grupo de culturas evidentes y homogéneas. Por lo cual, lo primero que diría es que la historia de cada país de América Latina con Europa y Estados Unidos es muy distinta.

Por ejemplo, Argentina ha tenido una estrecha conexión identitaria con Europa, producto de la ola inmigratoria de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Se construyó así una identidad que sostuvo que *los argentinos descienden de los barcos*, y la identidad nacional argentina se construyó sobre esta idea. E hizo que Europa fuera un punto de referencia positivo, en términos generales, a lo largo de los siglos XIX y XX. Esto es algo particular del caso argentino, que no se da de la misma manera en los países andinos, donde el rol de la inmigración fue menos preponderante.

En los últimos años, Argentina descubrió que no es solo un país forjado al calor de la inmigración, sino que es una sociedad heterogénea donde conviven diversas identidades raciales. De la mano de esta problematización de la naturaleza *blanca* argentina, surgieron desde el poder político discursos críticos a Europa, principalmente a España, que se vieron reflejados en las celebraciones del Bicentenario. Este antagonismo con España se pudo apreciar, de igual modo, en los diversos gobiernos que formaron parte del *giro a la izquierda* suscitado en América del Sur en las primeras décadas del siglo XXI.

Con Estados Unidos, la relación fue cambiante. En el siglo XIX muchos intelectuales y políticos vieron en Estados Unidos un modelo que la Argentina debía seguir. En las primeras décadas del siglo XX los discursos nacionalistas apuntaban a Gran Bretaña como el *otro* imperialista al que debía oponerse el nacionalismo argentino. Fue en la segunda mitad del siglo XX cuando el lugar del *otro* pasó a ser ocupado por Estados Unidos.

El caso de México es diferente. La cercanía y el contacto con Estados Unidos hizo que se estableciera una relación mucho más estrecha, desde un punto de vista positivo y negativo, que en el caso argentino. La guerra e invasión norteamericana de mediados del siglo XIX convirtió a Estados Unidos en el *otro* del cual había que protegerse. España como punto de referencia también pasó por diferentes discursos. Todo esto para sostener que la opinión que la gente tiene hoy sobre esos puntos de referencia dialoga con estas tradiciones que se dieron en cada país a lo largo de la historia.

En Europa se ha iniciado un proceso que analiza críticamente la época y las prácticas del colonialismo. ¿Cómo ven las personas en América Latina este período de su historia? ¿Hay un cambio de actitud hacia Occidente aquí?

La época colonial ha sido revisada y repensada desde el mismo momento en el que se comenzaron a construir las identidades nacionales de los países de América Latina. Desde el momento en que empezamos a preguntarnos quiénes somos los argentinos/mexicanos/peruanos/bolivianos, etc., se comenzó a repensar el lugar que ocupaba la tradición hispánica en relación con la identidad. De esta manera, la herencia hispánica fue vista como positiva por algunos grupos, entre ellos, los conservadores mexicanos del siglo XIX, mientras que para otros, como los liberales mexicanos del siglo XIX, la época colonial había sido una

suerte de paréntesis entre el período prehispánico y el «renacer» de la independencia.

Esta polémica entre hispanistas e indianistas, que atravesó el siglo XIX, se resolvió de una forma ambigua solo en el siglo XX, al convertir al *mestizaje* en la base de la identidad nacional. Este tema ha sido magníficamente trabajado por José Antonio Aguilar Rivera o Mauricio Tenorio Trillo. Esta situación de ambigüedad, herencia del nacionalismo revolucionario, se rompió a fines del siglo XX luego del levantamiento zapatista. A partir de ese momento se reabrió el dilema de la identidad nacional mexicana y se realzó el imaginario indigenista. Conservar la cultura indígena pasó a estar por encima de los intentos de asimilar una identidad nacional homogénea.

Ahora bien, el peso que tuvo el proceso colonial en América Latina no fue el mismo en todos los países. México, al igual que Perú, fueron los dos virreinatos más importantes que tuvo el imperio español en América. El territorio del Virreinato del Río de La Plata (actual Argentina, Paraguay, Uruguay y Bolivia), fue una región mucho más marginal, donde el peso de la tradición hispánica fue menor a lo largo de la historia. Si nos centramos en el período actual, los gobiernos que realizaron un *giro a la izquierda* en el siglo XXI presentaron una visión sumamente crítica del período colonial y recuperaron las tradiciones indigenistas. Eso pudo verse en los discursos de los expresidentes Hugo Chávez, Evo Morales o Cristina Fernández de Kirchner.

En América Latina se expresa una especie de amor por Europa, por el Viejo Mundo. Estados Unidos, aunque está mucho más cerca y es mucho más crucial para el desarrollo de América Latina, es visto de manera más crítica. Europa es amada, Estados Unidos aceptado. ¿Es esa su percepción también?

Concuerdo en que la imagen de Estados Unidos presenta rasgos negativos en muchos discursos que circulan en América Latina. Imagino que puede relacionarse con el rol intervencionista que tuvo ese país en relación con el continente durante el período de la guerra fría. La intervención directa o indirecta, según el caso, de Estados Unidos en las dictaduras latinoamericanas y en la política interna de dichos países dejó marcas en la memoria que son difíciles de borrar, incluso en la actualidad. A pesar de gestos importantes, como el que tuvo Obama de desclasificar archivos secretos de la época de la dictadura argentina, todavía se percibe a negativamente a Estados Unidos en la memoria colectiva de esos años oscuros.

Desigualdad y ruptura del sistema democrático en América Latina

La democracia, como parte de las categorías identitarias de la organización política latinoamericana, ¿se ha visto amenazada frente a la desigualdad?

Concuerdo con la idea de que, a mayor desigualdad, existen más probabilidades de que se produzca un quiebre en el régimen democrático. Si bien es un argumento que aplica a desarrollo y no a desigualdad, recuerdo que Przeworski y Limongi sostenían que las democracias pueden emerger independientemente del nivel de desarrollo económico, pero que tienen más probabilidades de sobrevivir en países desarrollados. Otros autores como Carles Boix sostuvieron que, mientras mayor sea la desigualdad en la economía, mayor será la presión redistributiva y por ende mayores las posibilidades de caer en un autoritarismo. No se trata de un fin inexorable, pero existen más probabilidades de que así suceda en sociedades con altas tasas de pobreza y desigualdad.

La identidad frente al nacionalismo

La identidad cultural china le ha permitido desarrollar un nacionalismo exacerbado, fundamentado en un Estado hegemónico, que se caracteriza por impulsar la entidad étnica como defensa al autoritarismo en países del mundo

libre. ¿Este desarrollo también existe en América Latina? ¿Qué opina al respecto?

Concuerdo con que se ha empezado a consolidar una identidad basada en criterios étnicos en diferentes partes del mundo. Desde mi perspectiva, la versión étnica de la nación no es compatible con la democracia liberal. Esto no significa homogeneizar y negar la existencia de una diversidad de culturas dentro de un territorio, sino buscar consolidar identidades que sean inclusivas y, a la vez, respetuosas de la diversidad.

Pobreza y ambiente en las agendas políticas de América Latina

América Latina está experimentando una grave sobreexplotación de la naturaleza. ¿Pueden las fuentes de los pueblos indígenas provocar aquí un cambio de tendencia?

No creo que la protección del medioambiente pueda venir, principalmente, de una recuperación de la cultura indígena. Creo que la principal traba que existe actualmente es que muchos de los países de América Latina se encuentran en situaciones económicas y políticas muy frágiles que hacen que las cuestiones ambientales no tengan prioridad en la agenda política. En el caso de Argentina, todavía no es posible llegar a un acuerdo sobre un plan de desarrollo económico a largo plazo, la pobreza está en aumento, hace más de una década que el país no logra crecer y políticamente se encuentra muy polarizado. En ese contexto de falta de acuerdos, las políticas ambientales tienen un lugar menor. Por otro lado, el impulso a dichas políticas no proviene únicamente, ni principalmente, de pueblos indígenas, por lo cual, creo que serían diversas organizaciones de la sociedad civil las que podrían poner el tema en debate.

Por último, ¿cómo debería plantearse la discursiva identitaria de su país en todo el continente?

«La versión étnica de la nación no es compatible con la democracia liberal. Esto no significa homogeneizar y negar la existencia de una diversidad de culturas dentro de un territorio, sino buscar consolidar identidades que sean inclusivas y, a la vez, respetuosas de la diversidad.»

Me gustaría que el discurso sobre la identidad no se convirtiera en un discurso de antagonismos y exclusiones. Quisiera que las personas adoptaran una identidad en la que *los otros* no fueran vistos como enemigos sino como grupos con los cuales se puede dialogar y llegar a acuerdos o consensos mínimos.

Entender a la identidad argentina desde sus procesos históricos nos permite reconocer a una sociedad heterogénea, con sus complejidades sociales y políticas, que intenta construir su identidad a partir de elementos que la unen y separan entre sí. Una sociedad en la que confluyen diversas razas que son la marca distintiva de este país, en el que intervienen tradiciones, dialectos, acentos, gastronomía e ideologías que transforman y dan vida a esta cultura. Por ello, Latinoamérica se define por sus acontecimientos históricos y políticos, sus diferencias y semejanzas, sus variadas tradiciones y sus mutaciones que nos permiten entender que es un escenario cultural diverso que no puede ser visto como una total identidad en el continente.

Entrevista a Sergio Guzmán (Colombia)

Colombia, su identidad y los escenarios políticos



Junto a Sergio Guzmán conoceremos sobre los elementos que dan vida a la identidad colombiana en el contexto latinoamericano y su reconocimiento como parte de Occidente. Analizaremos los procesos políticos contemporáneos y la interacción de Colombia con Estados Unidos, Europa y China en el marco del desarrollo económico y político global.

Colombia fue uno de los países que conformó el gran proyecto histórico y genuino de integración de América para lograr la independencia, las primeras acciones políticas que buscaron en la alianza ideológica el surgimiento de un bloque de naciones llamado la Gran Colombia. De esta manera, se estructuró el discurso, la organización política y una identidad nacional enmarcada en el nuevo orden social de la época. Desde entonces, ha venido cabalgando sobre complejos dilemas políticos y sociales tales como el centralismo, la desintegración territorial, los movimientos guerrilleros, el conflicto armado y la manifestación de problemas en la fragmentación social relacionados con las políticas de Estado y las formas de poder impuestas por las clases dominantes, situaciones que han configurado la identidad colombiana.

Esta representación identitaria, forjada desde el dolor, ha permitido dilatar las diferencias, superar las heridas del transcurrir de la violencia y reconocerse como una sociedad diversa, multiétnica y pluricultural. El diálogo entre las diversas perspectivas permitió que sus ciudadanos alcanzaran, tras años de luchas y acompañados de organizaciones internacionales, el Acuerdo de Paz de Colombia, el cual ha significado una conciliación entre las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales en el país.

En esta entrevista a Sergio Guzmán conoceremos los puntos de encuentro cultural para los colombianos, su carácter resiliente, las problemáticas políticas y sociales actuales. Asimismo, la apertura de Colombia en los ámbitos internacionales, sus relaciones bilaterales, en particular con Estados Unidos y China. Y, por último, un comentario sobre cómo Latinoamérica se proyecta ante el mundo.

Sergio Guzmán es el director de Colombia Risk Analysis, una consultora de riesgo político. Proporciona inteligencia empresarial, seguridad y análisis de riesgos políticos para la región andina. Su experiencia está en el conflicto colombiano, la resolución de conflictos internacionales y el desarrollo internacional. Antes de fundar la consultora, trabajó en la consultora Control Risks, donde fue consultor internacional en riesgos políticos y de seguridad, y en Accion International, donde formó parte de un equipo de especialistas globales que promueven prácticas y estándares de préstamos justos, en un proyecto llamado The Smart Campaign. Sergio también tiene experiencia trabajando para el Congreso de los Estados Unidos y grupos de expertos regionales y ONG como Diálogo Interamericano, el Instituto de Estudios Políticos y Oxfam América, todas ubicadas en Washington DC. Tiene una maestría en Economía Internacional y Relaciones Internacionales de

la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de la Universidad Johns Hopkins y una licenciatura en Relaciones Internacionales e Historia de la Universidad George Washington.

Cuando piensas en identidad, en términos de tu país Colombia y Latinoamérica en general, ¿qué te viene a la mente?

Colombia es un país megadiverso y las identidades se superponen significativamente según la región donde vive una persona, su etnia y su edad. Ciertamente, los símbolos que unen a Colombia incluyen nuestra bandera, nuestro himno nacional y nuestra selección nacional de fútbol; parecería superficial argumentar esto, pero creo que en una época de tanta división política hay pocas cosas que realmente nos unan como el éxito en los deportes. Hasta cierto punto, creo que lo que nos da una identidad son las cosas que nos unen y, desafortunadamente, parece que estamos escasos de esas cosas en la actualidad. A pesar de esto, hay algunos aspectos culturales como la comida, la música, el idioma e incluso los rituales religiosos que unen a los colombianos.

América Latina es un grupo de personas mucho más amplio y diverso, que tiene una rica diversidad en su interior. Aunque tenemos grandes similitudes en el idioma —excepto en Brasil y las Guyanas, por supuesto—, la cultura y la religión, cada país tiene grandes diferencias dentro de sí. Es imposible forjar una identidad general de América Latina sin afectar la sensibilidad de los involucrados.

Ciertamente, cada país del continente ha tenido su propia historia antes de la llegada de los europeos, y desde entonces ha desarrollado su propio carácter. ¿Qué dirías que define a Colombia hoy en día?

La resiliencia está en el ADN de Colombia. Creo que es el rasgo de carácter más increíble del país y lo que nos define. La geografía de Colombia dificultaba que un solo grupo étnico aborigen colonizara grandes extensiones de territorio. La geografía del país era un impedimento importante para el desarrollo del país durante la colonización y lo mismo es válido para el país ahora. A pesar de esto, Colombia ha seguido y sigue. Hemos enfrentado muchos obstáculos, incluida la guerra civil, la incompetencia administrativa, la corrupción, la centralización extrema, la influencia religiosa en los asuntos gubernamentales, la intervención extranjera y el abandono estatal. Sin embargo, existe la sensación de que el pueblo de Colombia tiene el potencial para superar estas circunstancias adversas y más. Por eso digo que la resiliencia es quizás nuestro rasgo de carácter más importante como país. El historiador estadounidense David Bushnell lo resume muy bien en el título de su libro sobre la historia moderna de Colombia *La construcción de la Colombia moderna: una nación a pesar de sí misma.*

Existe la sensación de que el pueblo de Colombia tiene el potencial para superar estas circunstancias adversas y más. La resiliencia

«Lo que nos da una identidad son las cosas que nos unen y, desafortunadamente, parece que estamos escasos de esas cosas en la actualidad. A pesar de esto, hay algunos aspectos culturales como la comida, la música, el idioma e incluso los rituales religiosos que unen a los colombianos.»

es quizás nuestro rasgo de carácter más importante como país.

Escenario actual de una integración histórica, económica y social entre Colombia y sus vecinos

Colombia, Ecuador y Venezuela pertenecieron a una misma entidad. ¿Dirías, por lo tanto, que los lazos con esos países son más fuertes que con otros?

Más o menos, pero no olvide incluir a Panamá, que perteneció a Colombia hasta 1899 y se independizó gracias a la influencia de Estados Unidos y sus esfuerzos por construir un canal interoceánico a través del istmo ahora conocido como el Canal de Panamá. Creo que estos tres países tienen vínculos más estrechos que otros países de la región debido a la historia compartida, pero **es** importante decir que las subdivisiones administrativas diseñadas por los españoles como resultado de las reformas borbónicas de 1700 hicieron poco para crear un sentido de compartir identidad. Poco después de que la Nueva Granada declarara su independencia y se convirtiera en la Gran Colombia, la entidad se disolvió dejando a los tres países prácticamente solos en términos de crear su propia narrativa nacional. Aunque, a lo largo de los años, múltiples gobiernos han tratado de reavivar este sentido de hermandad entrelazada, lo cierto es que las sociedades se han desarrollado mucho por sí mismas. En términos de economía e interconexión, creo que existe un sentido de interdependencia y asistencia mutua entre los tres países. La migración también ha hecho que sociedades entretejidas con la violencia insurgente y relacionada con las drogas en Colombia se convirtiera en el principal exportador de personas a mediados de los noventa, y ahora tanto Colombia como Ecuador albergan a millones de venezolanos debido al deterioro económico en ese país provocado por la dictadura de Maduro.

Latinoamérica como parte del hemisferio occidental desde su Estado, cultura, religión y lenguas

¿Dirías que Latinoamérica es parte del hemisferio occidental, puesto que los países de este hemisferio son democracias cuyo orden está basado en los derechos humanos y el cumplimiento de la ley?

Creo que América Latina es una parte importante del hemisferio occidental, tanto por su posición geográfica como por su relación con los valores democráticos. Salvo algunas excepciones, todos los gobiernos de la región son signatarios de la Carta Interamericana, que se basa en el respeto a los derechos humanos y en el Estado de derecho. Creo que en la región hay bastante captura estatal por parte de múltiples organizaciones criminales, particularmente en Centroamérica, y la erosión de la gobernabilidad democrática en otros países de la región como Cuba, Nicaragua y Venezuela se ha permitido vergonzosamente (y en algunos casos con apoyo) por muchos de los gobiernos de la región. Además, las instituciones interamericanas diseñadas para preservar el Estado de derecho y el orden han demostrado ser inútiles para evitar la captura del Estado y la erosión de la democracia. Dicho esto, creo que nominalmente todos los gobiernos latinoamericanos aspiran a mejorar el Estado de derecho y los derechos humanos. Creo que tanto las instituciones interamericanas como otros socios occidentales, incluida la OCDE, deben hacer más para hacernos responsables, pero también proporcionar incentivos a los gobiernos para mejorar su desempeño actual.

Histórica y sociológicamente Latinoamérica y Europa han compartido mucho en los últimos cinco siglos. ¿Qué tan importante es hoy la religión, la cultura y el idioma para identificar la pertenencia al mismo hemisferio?

Creo que la cultura, la religión, el idioma y, lo que es más importante, los valores occidentales europeos influyen fuertemente en la

América Latina moderna. Los niveles europeos de riqueza y desarrollo humano se consideran principalmente un objetivo al que aspiran la mayoría de los habitantes de la región. El catolicismo sigue siendo la religión dominante en América Latina. Aunque ha habido un tremendo crecimiento del cristianismo evangélico en toda la región, en particular en Brasil, la influencia y credibilidad de las instituciones católicas romanas en todo el continente sigue siendo primordial. El español y el portugués son los idiomas dominantes en la región y, debido a la población de América Latina, son la segunda y sexta primera lengua más hablada a nivel global, lo que también ha contribuido cultural y económicamente con España y Portugal. Creo que los elementos culturales, religiosos y lingüísticos presentes en la región crean un sentido de identidad compartida, aunque existe una barrera inextricable entre la América Latina hispanohablante y la lusófona.

Dinámicas políticas entre Latinoamérica y Estados Unidos

Estados Unidos, a la vuelta de la esquina, ciertamente también juega un papel en la búsqueda de una identidad. ¿Cómo percibes a los Estados Unidos y de qué manera la relación con Latinoamérica es (o no lo es) diferente de la herencia europea?

Desde la doctrina Monroe, América Latina y Estados Unidos han estado íntimamente vinculados. Estados Unidos ha hecho un esfuerzo manifiesto por influir en la región económica, política y culturalmente. Muchas identidades latinoamericanas, en particular la del Caribe y México, han sido moldeadas por su posición con respecto a Estados Unidos, especialmente después del resultado de la guerra hispanoamericana de 1898. Estados Unidos ha tratado abierta y encubiertamente de influir en los gobiernos de la región y en gran medida impidieron que otras potencias globales hicieran lo mismo durante la guerra fría. Creo que, en el orden posterior a la guerra fría, Estados Unidos ha buscado influir en América Latina a través de acuerdos comerciales, pero también ha buscado promover la gobernabilidad democrática, sin necesariamente reconocer o expiar ninguna de las andanzas que promovió activamente durante la Guerra Fría.

«El imperialismo estadounidense y el imperialismo europeo en América Latina son similares en el sentido de que hay una historia compartida de intervencionismo sin una reparación por las malas acciones.»

En ese sentido, el imperialismo estadounidense y el imperialismo europeo en América Latina son similares en el sentido de que hay una historia compartida de intervencionismo sin una reparación por las malas acciones. Claramente, dado que el intervencionismo estadounidense ha sido más reciente, también hay razones para creer que los esfuerzos de reparación justifican una acción más inmediata. Sin embargo, el colonialismo europeo sugiere que es posible que esto nunca suceda. Hasta cierto punto, la participación de Europa en América Latina es menos paternalista que la de Estados Unidos, pero la región sin duda se beneficiaría de una presencia más sólida de los países europeos.

Con una nueva administración en Washington, existe una posibilidad de que la relación de ambas partes de América como un todo, entren en una nueva era de reconocimiento y, por lo tanto, de responsabilidad compartida. ¿Cuáles serían tus deseos para una relación renovada con los Estados Unidos?

América Latina, afortunadamente, no fue una región prioritaria para la pasada administración de Donald Trump. Salvo por una política de inmigración mucho más dura y racista, que afectó principalmente a Centroamérica y México, la región no sucumbió a la inclinación de Trump de despedir a sus aliados y acoger a sus adversarios. Con Joe Biden, Estados Unidos tendrá las mismas prioridades en la región, que incluyen la lucha contra las drogas, la inmigración, la lucha contra la corrupción, el comercio y la estrategia hacia Venezuela. Sin embargo, aunque es poco probable que se produzca un cambio de sustancia, es casi seguro que se produzca un cambio de tono.

Creo que Biden, y el personal que lo asesora, son conscientes de la carga compartida y el bagaje que tiene la relación. A pesar de esto, no creo que Estados Unidos tenga el financiamiento o la disposición para atender los asuntos latinoamericanos tan de cerca; considerando que atraviesa un momento de autoaislamiento y con la devastación económica provocada por covid-19, esto también ha hecho que Estados Unidos y otros países occidentales sean menos generosos. Si alguna vez hubo un momento para un gran estímulo keynesiano, es este. Sin embargo, no creo que Estados Unidos o Europa parezcan estar políticamente dispuestos a hacer un esfuerzo adicional en la coyuntura actual.

Tampoco creo que muchos de los gobiernos de América Latina estén dispuestos a asumir su propia responsabilidad en la implementación de la gobernabilidad democrática haciendo cumplir la legislación anticorrupción o combatiendo la deforestación o luchando contra la evasión fiscal, solo por nombrar tres asuntos, lo que me hace creer que la relación no será muy productiva a medio plazo. El tono puede cambiar, lo que probablemente mejore la voluntad de colaborar, pero es probable que los puntos conflictivos que incluyen el dinero y la voluntad política continúen siendo barreras infranqueables para mejorar la gobernabilidad democrática en América Latina.

Consecuencias de la presencia de China en América Latina

China también ha intentado poner un pie en Latinoamérica. ¿De qué manera resuena el compromiso del reino autocrático de Xi Jinping con Colombia y con Latinoamérica en general (si es que se puede hacer una declaración tan amplia)?

El aliado político y económico más importante de Colombia sigue siendo Estados Unidos, que es al mismo tiempo el gran rival geoestratégico de China. Washington ve con gran preocupación la creciente influencia política y comercial de China en América Latina. Asimismo, también ha mostrado sensibilidad respecto a la posición económica dominante que tienen los intereses chinos en países como Venezuela, Ecuador, Bolivia y Brasil. En el corto plazo, Estados Unidos no buscará arruinar la floreciente relación comercial entre Colombia y China, pero Mauricio Claver-Carone, un ideólogo de Trump que fue elegido para convertirse en presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, sugiere que Estados Unidos quiere orientar ideológicamente al BID para colocar los intereses estadounidenses por encima de los de China en América Latina.

A pesar de esto, China y Colombia no comparten los mismos valores democráticos; esto incluye la importancia de elecciones libres y justas en la gobernabilidad democrática, el respeto a los derechos humanos de las minorías étnicas y religiosas y los derechos legítimos a hacer oposición política. Aunque Colombia tiene un historial mixto en algunos de los puntos anteriores, se informa que China tiene un desempeño muy pobre en estos campos. El trato a los opositores en Hong Kong, los campos de reeducación para los musulmanes uigures en Xinjiang, la ausencia de elecciones democráticas y la inflexibilidad del régimen con sus críticos internos (incluido Liu Xiaobo, ganador del Premio Nobel de la Paz 2010) son ejemplos del carácter del poder chino, lo que sugiere importantes diferencias con Colombia.

A pesar de que China ha tratado agresivamente de expandir su capital económico global a través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, un ambicioso proyecto de inversión directa de más de 89.000 millones de dólares para financiar importantes obras de infraestructura, incluidos trenes, carreteras y puertos, Colombia, por el momento, es el único país andino que no ha sido vinculado formalmente al proyecto.

¿Qué debería aprender el mundo de Latinoamérica?

Una de las principales historias de éxito de la América Latina moderna es la virtual ausencia de conflictos interestatales que resulten en una guerra. Esto no significa que la tensión entre Estados esté ausente, sino que los gobiernos latinoamericanos rara vez entran en guerra entre sí. Atribuiría esto a que los gobiernos latinoamericanos están más preocupados por atender los conflictos internos y las circunstancias políticas; sin embargo, la creciente preocupación por la erosión de la gobernabilidad democrática en América Central y Venezuela probablemente se convertirá en un factor de desestabilización para el futuro. Al mirar la historia mundial, es notable que América Latina no haya tenido significativamente más conflictos interestatales. Ciertamente, hay lecciones aquí para el resto del mundo.

En los últimos años, Colombia ha experimentado cambios significativos en materia política y económica y una reivindicación cultural que va reparando paulatinamente el tejido social afectado durante tantos años por los conflictos. Ha promovido en los pilares de la paz acuerdos y negociaciones entre diversos sectores para garantizar la estabilidad y tranquilidad de los colombianos. Así mismo ha generado mejores alianzas internacionales y ha promovido la democracia y la estabilidad para Venezuela.

«China y Colombia no comparten los mismos valores democráticos; esto incluye la importancia de elecciones libres y justas en la gobernabilidad democrática, el respeto a los derechos humanos de las minorías étnicas y religiosas y los derechos legítimos a hacer oposición política.»

Estas dinámicas sociopolíticas y los progresos alcanzados constituyen parte fundamental de la identidad de este país, que impulsa cambios no solo en materia política, sino en la definición de los mismos colombianos. Un país que sin lugar a duda se sobrepone a su pasado histórico y lucha por construir una nueva historia desde la diversidad.

Entrevista a Fredy Vargas Lama (Perú)

Desarrollo económico y el nuevo orden mundial en la construcción de identidades



Fredy Vargas Lama nos invita a conocer en sus reflexiones la importancia de los elementos identitarios que representan a la sociedad peruana. La apertura de Latinoamérica hacia el hemisferio oriental, las apreciaciones que se tienen sobre Europa y Estados Unidos en distintos países de América Latina, la actual crisis de la representación política y la amenaza a la democracia latinoamericana, así como la poca factibilidad en los modelos de desarrollo frente a la pobreza, son temas de esta conversación.

El proceso de colonización vino a marcar un antes y un después en la historia de la identidad latinoamericana, en un contexto en el que las imposiciones, las pugnas por territorios, las ideas nacionalistas, los preceptos religiosos y la estructuración de la sociedad reforzaron el devenir de este continente.

Hoy la construcción de la identidad latinoamericana implica más que circunscripción histórica; es un proceso al que se vinculan otros factores que también han transformado las realidades socioculturales, a decir la política, la economía y la globalización, alterando o enriqueciendo los escenarios nacionales.

Fredy Vargas Lamas nos acerca a los retos de la identidad latinoamericana, especialmente la peruana, de cara a la tercera década del siglo XXI. Las aperturas comerciales con el hemisferio oriental y el nuevo orden mundial. Las distintas maneras en que los latinoamericanos miran a Europa y a Estados Unidos. La debilitada institucionalidad y liderazgo político. La aguda brecha de desigualdad presente en el continente debido a los modelos de desarrollo. Y el riesgo latente del crecimiento de los autoritarismos en la región.

Reconocido docente peruano, se ha destacado como investigador en estrategia y prospectiva en Colombia, Costa Rica y Perú. Es consultor académico de universidades en América y Asia, directivo en empresas del sector público y privado latinoamericano, con más de diecisiete años de experiencia laboral en planeamiento estratégico, desarrollo económico, evaluación de proyectos de inversión, innovación tecnológica y cooperación internacional. Fue director nacional de Prospectiva del gobierno peruano, negociador del TLC con Estados Unidos en el aspecto laboral, asesor del ministro de Trabajo del Perú y gerente técnico del Proceso de Transferencia de Gobierno. Economista con maestría en Prospectiva y Pensamiento Estratégico, maestría en Administración Estratégica de Empresas, posgrado en Proyectos de Inversión, Negocios de Telecomunicaciones y Project Management Mastery de la Universidad de Stanford, es miembro de asociaciones profesionales internacionales de riesgos, fraudes, auditoría (ACFE, IIA, CFCA), economía (AEA), y representante del Nodo Colombia en el Millenium Project.

En cuanto a identidad, ¿cuál es su primera reflexión sobre el término?

> Cuando escucho la palabra *identidad* lo primero que viene a mi mente es cultura como reflejo del conjunto vivo de tradiciones, herencia, valores que van conformando las bases de un grupo social específico; pero, a la vez,

es un sincretismo entre lo cognitivo racional y lo emocional sentimental. Esto debido a que el ser humano en su identidad guarda no solo patrones de información, sino un conjunto de sensaciones y emociones y sentimientos que pueden ser de carácter individual, pero también pueden tener un componente comunitario muy fuerte.

En el caso de América Latina, el término *identidad* denota una construcción que se está desarrollando a lo largo del tiempo y que aún no logra un equilibrio, debido a sus múltiples dinámicas y cambios que iniciaron en el mestizaje y el contacto de América con Europa y que no han parado a lo largo de cinco siglos. Así mismo, denotan un conjunto de experiencias acumulativas que conceptualiza cada una de nuestras naciones en la región, las cuales tienen un *mix* distinto de mestizaje y una herencia cultural asimismo variada. Ejemplo de esto es mi patria, el Perú, donde nací, que tiene un componente mestizo con rasgos indígenas y afroperuanos mucho más fuertes de lo que uno puede encontrar en Colombia, que es mi patria adoptiva, donde uno encuentra un componente criollo derivado de las tradiciones españolas bastante más puro en ese sentido. Creo que todo esto tiene un impacto directo en la conceptualización de la civilización para cada uno de nosotros, que lo entiende en una forma diversa, como dicen los antropólogos, pero que a la vez plantea miradas diferentes respecto al futuro.

¿Cómo es el discurso sobre la identidad en el Perú?

En el caso peruano, el discurso sobre la identidad ha ido variando a lo largo del tiempo. A comienzos del siglo XX, el discurso estaba mucho más orientado hacia un reemplazo de la cultura occidental por las antiguas tradiciones e identidad de los pobladores peruanos originarios y de los mestizos. Pese a ello, se da una revalorización fuerte del papel del indígena y del mestizo como identidades propias nacionales, en el primer indigenismo de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, el papel del indio y de toda su presencia en lo que se podría conocer como cultura, hacia mediados del siglo XX aún era visto como un producto secundario. Y no fue sino hasta después del gobierno militar de Juan Velasco Alvarado que este mestizaje no se escondió debajo de las alfombras, sino que denotó el nacimiento de un nuevo país que está en sus albores de formación. Durante los años ochenta y noventa, la identidad relacionada al mestizo sufrió una alta discriminación al tratar de lograr un nuevo papel dentro de la sociedad peruana, y no fue sino hasta el surgimiento de una nueva clase empresarial emergente, con bases evidentemente andinas y mestizas, que logró tener un reconocimiento real hacia finales de los años noventa. En el caso del Perú, en concreto, hoy podemos afirmar que la identidad se encuentra afectada no solo en lo práctico, sino también en lo semiótico: existe en este momento una búsqueda seria de elementos simbólicos que representen lo que es ser peruano en la tercera década del siglo XXI.

«El término identidad denota una construcción que se está desarrollando a lo largo del tiempo y que aún no logra un equilibrio, debido a sus múltiples dinámicas y cambios que iniciaron en el mestizaje y el contacto de América con Europa y que no han parado a lo largo de cinco siglos.»

Occidente y Oriente, nuevos escenarios en América Latina

¿Términos como *occidental* están oscilando en el discurso peruano sobre la identidad?

En mi modesta opinión, no está tan claro el tema de poder generar un discurso hacia lo occidental versus lo indígena en este momento en el Perú. Más bien, se presenta una creación propia con fuerte influencia occidental, pero con bases y sustrato en lo nacional, en lo que implica ser peruano, con este *mix* mestizo que trata de conglomerar una nueva idea. Sin embargo, es un punto interesante para investigar hacia futuro, porque podría ser uno de los paradigmas a explorar en la creación de futuros nacionales. ¿Necesitamos sentirnos occidentales? No lo sé, creo que no en el sentido estricto.

En su opinión: ¿América Latina es parte del hemisferio occidental y, de ser así, por qué?

Claramente está localizada en el hemisferio occidental y comparte en gran medida valores culturales y sociales que han venido a nosotros tanto en la época de la colonia, por la influencia española, como en la época republicana, en la cual las grandes naciones del orbe, fundamentalmente las de Europa Occidental y Estados Unidos —en los siglos XIX y XX, respectivamente— han influido en el desarrollo político social y económico en nuestras naciones. Sin embargo, hoy en día, en algunas naciones de América Latina se siente no una desconexión con el hemisferio occidental, sino una apertura hacia el hemisferio oriental, como un nuevo horizonte a explorar en el mediano plazo. Esto, dada la influencia y el desarrollo tan importante que está teniendo Asia hoy en día.

¿Existe diferencia en cómo la gente en Perú, y en América Latina en general, perciben a Europa y Estados Unidos?

En América Latina hay distintas percepciones respecto a Europa y Estados Unidos, dependiendo de cuáles sean los países que uno analice. En casos como el peruano se siente un equilibrio de participación y de relación exterior entre lo que puede ser la interacción entre Perú y Europa y Perú y Estados Unidos; en casos como el colombiano o el chileno, claramente el peso que tiene Estados Unidos, tanto en política exterior como en todos los aspectos relacionados a cultura y sociedad, es mucho más amplio que lo que puede observarse con Europa. El caso de Argentina, Uruguay y Brasil es diferente, dado que por razones étnicas, culturales y sociales la relación con Europa siempre históricamente ha sido mucho más fluida que con Estados Unidos.

«Hoy en día, en algunas naciones de América Latina se siente no una desconexión con el hemisferio occidental, sino una apertura hacia el hemisferio oriental, como un nuevo horizonte a explorar en el mediano plazo.»

Quiebre de la democracia y los modelos de desarrollo en América Latina

La democracia está amenazada en Perú y en varias otras partes de América Latina. ¿Se soltará el continente del resto del mundo democrático?

En América Latina estamos sufriendo *un quiebre en el contrato social,* como nos decía Jean Jacques Rousseau. El ciudadano no se siente representado por sus líderes; adicio-

nalmente, siente una desconexión absoluta con los generadores de capital, entre ellos el empresariado, quienes a su vez tienen una amplia desconfianza del ciudadano y del gobierno. Finalmente, el gobierno brinda más servicios a los ciudadanos y a las empresas, lo que es visto como una carga para todos. Lo anterior genera un caldo de cultivo perfecto para las rebeliones, insurrecciones y populismos, como nos dice Levitsky en sus libros. Y si bien todos estos fenómenos son comunes en varias partes del mundo, y no son exclusivos de América Latina o el mundo emergente, en nuestro continente cobran una especial relevancia, dado que esta ruptura del contrato social se refleja en violencia e irrespeto por las débiles instituciones de cada una de nuestras naciones, y es un riesgo latente el crecimiento de los autoritarismos en la región.

Es complicado que en el mundo de democracias capitalistas se generen golpes de Estado, pero existe por el contrario una cooptación del poder por grupos que buscan intereses particulares y, en algunos casos, incluso intereses que pueden estar al margen de la ley. Creo firmemente que esto va a pasar en los próximos meses y años en toda la región y es algo contra lo que tenemos que luchar firmemente, para evitar desbordes populares o quiebres institucionales que nadie desea. Pero para ello es necesario trabajar fuertemente en reducción de la pobreza, reducción de la inequidad en la región y el desarrollo de instituciones sólidas que puedan concebir lineamientos de políticas de Estado de largo plazo.

En mi opinión, los países democráticos y libres, cuyo orden se basa en el reconocimiento de los derechos humanos, forman una gran familia que incluye América Latina, Europa, América del Norte, Australia y Nueva Zelanda, y también Japón, Corea y Taiwán.

¿Se perciben las personas en América Latina como parte de esta familia global libre?

Siguiendo un poco a Harari, podemos decir que los derechos humanos son una de las más importantes creaciones artificiales que ha tenido el hombre, puesto que no son biológicos, pero nos permiten vivir en una sociedad armoniosa. Lo mismo sucede con el contar con Estados eficientes que trabajen por el bien del ciudadano, como nos decía Pierre Bourdieu. Ambos son requisitos para la construcción de democracias realmente libres y sólidas; más allá de ello, hace falta un tercer elemento, que es la institucionalidad, que no solamente debe de incluir las normas escritas, sino la institucional informal, que refleje el conjunto de creencias de una nación, como nos decía Douglas North. Finalmente, para esa construcción es necesario un ciudadano que entienda el valor de lo colectivo y de lo que implica vivir en una república, que también es suya, como nos dice Alberto Vergara.

Respecto a si somos parte de una familia global libre, nuevamente depende del grupo de países que uno analice. Los países de la Alianza del Pacífico claramente van en esa línea, y a estos yo sumaría algunas naciones como Uruguay, que especialmente está dirigido hacia este propósito, pero es un camino aún por recorrer en toda la región. El respeto irrestricto por los derechos humanos tiene que ser una de las banderas a desarrollar en los próximos años.

Futuro de Latinoamérica: sostenibilidad social económica y ambiental

¿Hacia dónde se dirige el continente, en su opinión? Asia ha estado en las noticias durante décadas como la estrella en ascenso, mientras que las noticias provenientes de muchas partes de América Latina, por otro lado, no son tranquilizadoras.

América Latina se encuentra en un momento muy especial, en el que se están generando quiebres estructurales en lo social, en lo político y en lo económico. Un momento en el que se están desnudando las carencias que hemos tenido en nuestros modelos de desarrollo y de

crecimiento en las últimas décadas. La institucionalidad se ve corta de cara a las necesidades de la población, y se desafía todo.

Existen muchas voces en los países que han tenido un crecimiento económico muy grande, respecto a mantener el *statu quo* de las cosas versus otras voces que lo quieren cambiar todo, dado el infeliz resultado de la falta de equidad y de crecimiento, así como el aumento del producto interno bruto en los últimos veinte años. Sin embargo, probablemente la mejor salida no sea ni una ni otra, sino una intermedia, en la cual realmente podamos aspirar a un desarrollo con una economía liberal, en todo el sentido de la palabra, pero más justa y solidaria con todos. Esta visión intermedia es totalmente factible y posible y es adicionalmente la que necesitamos para darle el componente de sostenibilidad social, económica y ambiental a nuestro desarrollo.

¿Qué puede aprender el resto del mundo de América Latina?

Pues es una pregunta muy amplia y bonita. Diría que del pasado puede aprender cómo con determinación, solidaridad y mirada puesta en el futuro se pudieron dominar las difíciles condiciones geográficas que tocaron a nuestros pobladores originarios. Del presente, que pese a las múltiples dificultades que tiene nuestra población en el día a día para crecer y darles lo mejor posible a los suyos, siempre el espíritu de lucha y perseverancia está detrás. Y del futuro, creo firmemente que el mundo aprenderá que los latinoamericanos también tenemos la posibilidad de soñar y de crear una sociedad más justa y próspera para todos.

«Se están desnudando las carencias que hemos tenido en nuestros modelos de desarrollo y de crecimiento en las últimas décadas. La institucionalidad se ve corta de cara a las necesidades de la población.»

La definición de la identidad guarda una vinculación estrecha con las actuaciones políticas y el desarrollo económico de las naciones, así como con las interacciones dentro del marco de la globalización. Se trata, entonces, de un sistema identitario compuesto por una serie de elementos complejos que dan vida a esta multiculturalidad que muta en su construcción y deconstrucción continua, y que se evidencia en los quiebres y manifestaciones sociales de distintas ideologías y eventos de crisis política o crisis económica que se repiten en muchas de las realidades que acompañan a la sociedad latinoamericana hasta ahora. Esto nos deja ver la necesidad de una verdadera unión para afrontar los desafíos que traen la globalización y los cambios en la economía mundial, los problemas ambientales y el combate a la pobreza en el mundo.

Entrevista a Genaro Lozano (México)

La diversidad de género en la construcción de la identidad



Conoceremos parte de la lucha histórica del movimiento de identidad de género, los debates y alcances sobre sus derechos; el rol de la Iglesia y las sociedades conservadoras; la resistencia política al reconocimiento de la sociedad LGBT, el sector privado; la actual situación de los derechos LGBT en África, Asia y Europa y la protección su identidad.

Desde la colonia, en América Latina se impuso la regulación de la sociedad con instrumentos normativos que clasificaban a sus ciudadanos, a través de constituciones, catecismo, manuales de urbanidad, gramática y otros que establecían la distinción entre el salvaje y el civilizado, con un sistema patriarcado dominante apoyado en las exigencias religiosas en contra de los que alteraban los cánones determinados para el cuerpo y los géneros.

Este proyecto categorizó los roles femeninos y masculinos en los que se asentaban la familia, los bienes, la educación y la patria. Cualquier actuación que destruyera estos valores o creara juicios que conllevaran el desorden o exceso, era señalada como una enfermedad. Bajo este contexto, la homosexualidad es vista como una patología anormal del ser humano y una alteración en la sociedad, concepto con el que se transcurrió, inclusive, gran parte del siglo XX, profundizando la humillación, discriminación y burla a quienes se les percibían o demostraban sus diferencias sexuales.

No fue sino hasta 1960 que se inició en Latinoamérica el levantamiento de diversos movimientos sociales, a los que se sumó el movimiento homosexual, dando los primeros pasos para su reconocimiento y aceptación y pasando de ser una enfermedad a una modalidad política con acciones jurídicas que afirmarían una nueva identidad en las sociedades latinoamericanas.

En esta entrevista analizaremos junto a Genaro Lozano la historia del movimiento LGBT en América Latina y cómo esta identidad ha generado discursos y actuaciones políticas en los sistemas democráticos y los no democráticos en el mundo; los partidos políticos y sus nuevos planteamientos sociales en relación con la diversidad sexual; la resistencia de algunas instituciones políticas y religiosas conservadoras. Así mismo nos acercaremos a las actuaciones de Trump en México y el tratado de libre comercio NAFTA y la diversificación comercial mexicana con Perú, Colombia, China, Israel y Japón.

Genaro Lozano es periodista, profesor en el Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad Iberoamericana. Ha impartido conferencias en las universidades de Harvard, Chicago, The New School, Columbia, UNAM, ITAM y CIDE. Columnista en los diarios del Grupo Reforma. Conduce el programa de televisión *Foro Global*, así como la mesa dominical de debate *Sin Filtro.* Es analista político en medios como CNN, Los Angeles Times, *O Globo*, *La Nación* de Argentina, entre otros.

¿Está Occidente —Europa, los Estados Unidos y parte de Latinoamérica— relacionada de algún modo cuando se trata de derechos LGBT y los debates sobre estos?

Bueno, la historia de los derechos LGBT en América Latina es un poco larga. Todo empezó al mismo tiempo que la revolución del Tercer Mundo en los Estados Unidos. Al menos en México, los grupos LGBT y el movimiento social LGBT comenzaron a manifestar allá en los años 1960, cuando México todavía le hacía frente a un régimen muy totalitario que estaba matando estudiantes y desapareciendo gente. Lo mismo está ocurriendo ahora de nuevo, por cierto, pero en los años sesenta era muy común. El movimiento LGBT empezó, por lo menos los desfiles gais, allá en 1978. La historia es muy similar a lo que ocurrió en Argentina. Argentina tiene también un movimiento LGBT muy fuerte, con al menos una historia de cuarenta años. Pero la situación actual es un escenario muy fragmentado en el que países como México, Argentina, Brasil, Colombia y Uruguay han dado pasos muy importantes para combatir la discriminación. Han creado instituciones, como consejos nacionales para la prevención y erradicación de la discriminación, que defienden el matrimonio entre personas del mismo sexo y los derechos LGBT. Pero hay otros países, hay subregiones en América Latina que todavía prohíben el matrimonio entre personas del mismo sexo, que lo han vetado. Los países de Centroamérica, específicamente, son los más conservadores, y los gobiernos más conservadores están combatiendo los derechos LGBT en la región. También Bolivia y Ecuador, donde hay todavía una gran interrogante sobre lo que los gobiernos están tratando de hacer para proteger los derechos LGBT. De modo que tenemos un escenario muy fragmentado, como dije anteriormente. En los países donde los gobiernos de derecha han combatido, o han tratado de detener el avance de los derechos LGBT, ha sido más difícil para las actividades LGBT tener éxito, como México, que tuvo un gobierno muy conservador desde 2006 hasta 2012. Pero, de todos modos, en la actual situación hay alguna esperanza de que en la región prospere esta revolución gay, que comenzó probablemente alrededor del año 2000, con el nuevo milenio, cuando los activistas comenzaban a obtener victorias legales. Sin embargo, hay un artículo, reciente, según el cual las cortes en la región son progresistas en cuanto a los derechos LGBT, al menos legalmente. Pero hay regiones donde todavía se asesina a la gente por ser gay o lesbiana, especialmente a las personas transgénero.

Las instituciones religiosas y conservadoras latinoamericanas frente a identidad LGBT

¿Cómo describe los obstáculos para el movimiento LGBT, al respecto de los conservadores? Estoy seguro de que la Iglesia católica juega un papel en esto. ¿Es como las Iglesias evangélicas o pentecostales provenientes de los Estados Unidos?

Sí, la influencia de la Iglesia es todavía muy fuerte en América Latina, especialmente en países como Chile, que tiene una sociedad muy conservadora, y también Colombia. En México, la Iglesia tiene una historia de estar prohibida de la actividad política. México tuvo una guerra con la Iglesia católica en el siglo XIX, y es un país muy estricto que prohíbe el activismo político católico. Pero, por otro lado, podemos ver que la Iglesia católica ha sido muy activa en movilizar a la gente para detener el avance del matrimonio entre personas del mismo sexo en todo el país. México es una federación, como los Estados Unidos. Tenemos 31 estados y el Distrito Federal que comprende a Ciudad de México. En Ciudad de México se aprobó el matrimonio entre personas del mismo sexo en 2009, y desde entonces al menos otros doce estados han continuado y han aprobado el matrimonio entre personas del mismo sexo. La Corte Suprema de México también ha fallado a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo, pero todavía hay otros veinte estados que no han adoptado medidas legislativas para aprobarlo. La Iglesia católica ha formado orga-

nizaciones que usualmente tienen el nombre de Frente Nacional por la Familia para evitar el avance de la aprobación del matrimonio igualitario. Ese es su nombre en México, ese es su nombre en Colombia, ese es su nombre en Guatemala, ese es su nombre en Chile.

Lo que entiendo, cuando usted habla, es que no es solo un movimiento en la capital de México, sino también en muchas regiones, no en todas. Cuando estuve en México oí este argumento según el cual las culturas indígenas eran más inclusivas en lo que respecta a una variedad de orientaciones sexuales. Esto estaría fuertemente en oposición a la tradición hispánica de la homofobia. ¿Eso es cierto? ¿O es como lo que se ve aquí, un choque entre la cultura hispánica y la cultura original?

Ese argumento se usó en 2004 en México, en la pelea, donde hubo algunas iniciativas que trataban de reconocer a parejas del mismo sexo, a uniones civiles. Mucha gente dijo: «No, pero nuestras tradiciones son muy conservadoras. Nosotros tuvimos incluso la Inquisición española en toda la región; en la totalidad de América Latina, en todo el imperio español, se mataba a la gente o se condenaba por homosexualidad, y hay un sentimiento religioso muy fuerte en toda la región». Pero, honestamente, en toda la región, al menos desde el siglo XIX, la homosexualidad nunca se prohibió. Los Códigos napoleónicos que se aplicaron en toda la región despenalizaron la homosexualidad. De modo que los Estados nunca persiguieron, al menos no desde la independencia de España, y en la región nacieron como naciones independientes sin leyes que castigaran la homosexualidad. Hay entonces una muy larga tradición de reconocimiento de la orientación sexual, en ese sentido. Lo que ocurrió en 2005 y a inicios del siglo fue que esas guerras culturales no fueron tales; no necesitamos tener guerras culturales. Como en México, toda la batalla política ideológica consistía en si estabas a favor o en contra del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que es un partido político que gobernó México por más de ochenta años. Eso es lo que llamamos una batalla ideológica. Ahora, desde los años dos mil muchas fisuras políticas han empezado a aparecer. Se está a favor de los derechos LGBT o se está en contra; se está a favor del aborto o provida; pro el *movimiento*, que está ahora de vuelta en la escena política, o en contra. De modo que toda la región comienza a tener una cantidad de movimientos identitarios que no teníamos antes, porque estaban absorbidos por los partidos políticos. Ahora, el asunto es que estos partidos políticos, la competencia de múltiples orígenes de partidos políticos en México que comenzó allá en los dos mil, no están todavía seguros sobre cuál es su posición en relación con los derechos LGBT.

Ha sido una tarea muy difícil para las organizaciones y activistas LGBT en México convencer a los partidos de izquierda para que apoyen los derechos LGBT. Yo pienso que, después de diecisiete años tratando de hacerlo, al menos el partido de la izquierda, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), es un fuerte defensor de los derechos LGBT, cuando no lo era anteriormente. El PRI, el partido de gobierno, es en cierto modo muy esquizofrénico, porque a veces dice «Sí, lo apoyamos», e incluso el presidente de México mandó una iniciativa nacional de matrimonio al Congreso, por la cual quería que todo el país aprobara el matrimonio entre personas del mismo sexo, pero este proyecto de ley lo rechazó su propio partido en el Congreso, el PRI. Por eso digo que es muy esquizofrénico. También pienso que, más que cultural, hay una resistencia política todavía muy fuerte en contra de los derechos LGBT.

Los partidos políticos y el reconocimiento de la diversidad de género

Usted mencionó varias veces ya a «la izquierda» y «la derecha» y las posturas que pueden tener sobre el asunto. Si usted mira a un alcance más amplio, podría argumentar que los derechos LGBT van acompañados por otras cuestiones de justicia social y participación, y eso lleva enton-

ces muy rápidamente a la funcionalidad de la democracia. ¿Qué piensa usted sobre eso, si lo mira desde una perspectiva más amplia?

Bueno, quizás no es políticamente correcto decir que, al menos en América Latina, los derechos LGBT fueron reconocidos por primera vez en el sector privado. Hay muchas corporaciones multinacionales presentes en México y en otros países, Brasil y Chile son los mayores, que al menos desde los años ochenta y noventa comenzaron teniendo la fuerza de reconocer los matrimonios entre parejas del mismo sexo y dándoles derechos sociales, etc. Estoy hablando de compañías como Walmart o McKenzie, firmas globales que han tomado esta iniciativa en los Estados Unidos y en Europa, y comenzaron entonces a aplicarlas en México. Así, en México, y estoy seguro de que en muchos otros países latinoamericanos fue así, cuando los activistas aprendieron sobre esto —porque nadie sabía; digo, la gente solía decir en círculos muy pequeños: «Mi pareja trabajaba en esta compañía y yo tengo esos beneficios»—, cuando los activistas LGBT comentaron a estudiar la cuestión, comenzaron a ver que, en muchas maneras, el mercado y las ideas liberales que solían venir de la derecha no necesariamente estaban en conflicto con el reconocimiento de los derechos LGBT. Por el contrario, el mercado necesita tener a gente más especializada, los mejores de los mejores y, por supuesto, mucha gente LGBT sabía que tenía la oportunidad de ir a buenas universidades, que buscaban un trabajo y estas compañías estaban comenzando a contratarlos. Ahora, diecisiete años después, creemos que el sector privado, de muchas maneras, ha hecho mejor que el Estado en reconocer los derechos LGBT. Creo que esta tendencia está sucediendo en otros países. Especialmente, por ejemplo, en Venezuela, que no tiene para nada derechos LGBT, donde estas empresas globales todavía persisten, las que no han huido del país por el régimen de Nicolás Maduro, están dándole estas protecciones y estos derechos de seguridad social a sus empleados.

> ***«El sector privado, de muchas maneras, ha hecho mejor que el Estado en reconocer los derechos LGBT.»***

Las luchas de los activistas por el reconociendo de la identidad LGBT en el mundo

Es difícil sostener que vivimos en una era de identidad donde, lamentablemente, los grupos minoritarios son nuevamente chivos expiatorios. Se observa en muchas partes del mundo, como en Rusia contra los homosexuales, en Turquía contra los cristianos y los kurdos, en Europa especialmente contra los musulmanes. Alguien como usted, que trabaja en este campo y que está muy consciente de la naturaleza de la discriminación, ¿cómo ve la situación actual? Creo que se puede seguir, como que el *brexit* fue contra los polacos y los musulmanes, y Donald Trump estuvo contra los mexicanos. Me parece que debe ser preocupante para usted vivir en este tiempo. ¿Qué piensa usted de la situación actual?

Hay una conciencia global. Yo creo también que América Latina ha aprendido que no estamos aislados, que es parte de una tendencia mayor, y creo en el hecho de que hemos construido aliados internacionales. Antes, por ejemplo, cuando Argentina, México, Colombia y Brasil estaban teniendo sus propias luchas internas para conquistar todos estos derechos LGBT, lo hicieron por sí solos. Luego aprendieron lo importante que era tener estas conexiones globales, ver lo que la gente en España hacía cuando aprobaron el matrimonio entre personas del mismo sexo en 2005. Creo que ahora hay una conciencia global de que lo que está pasando en África en relación con los derechos LGBT, está muy mal. Veo mucho más frecuentemente que los activistas, al menos

en los medios sociales o a través de sus organizaciones y de sus documentos expositivos o las posiciones sociales que toman, están condenando la homofobia en África. Veo que los activistas están diciendo que los grupos evangélicos están promoviendo realmente estas leyes discriminatorias en todo el continente africano. Veo activistas preocupados por la situación de los gais en Chechenia. Veo activistas que van y protestan ante la embajada rusa aquí en México, pero también en Santiago de Chile o Brasil, cuando Vladimir Putin dice algo en contra de los derechos LGBT. Al mismo tiempo, veo también que al menos la política exterior de los Estados Unidos durante Barack Obama se involucró más tratando de apoyar los derechos LGBT alrededor del mundo.

En el verano de 2016, por ejemplo, aquí en Ciudad de México, durante el desfile LGBT por primera vez vimos la bandera americana en el Paseo de la Reforma, que es la avenida más grande, más importante, y desfilando con su embajador. Roberta Jacobson, la embajadora de los Estados Unidos en México, participó en el desfile LGBT junto con el embajador de Canadá, el embajador del Reino Unido y el embajador de Alemania. No habíamos visto antes algo así. Usted sabe, la última vez que vimos una bandera americana desfilando en Ciudad de México, en un desfile o en una manifestación, fue en el siglo XIX cuando los americanos invadieron México y tomaron la mitad de nuestro territorio durante una guerra. Nunca habíamos visto nuevamente la bandera americana en un evento político.

En el siglo XXI hay un consenso global, al menos entre algunas democracias, de que favorecer los derechos LGBT es bueno para la inclusión, es bueno para la democracia y realmente le da a la gente una mejor calidad de vida.

Relaciones políticas y económicas entre Estados Unidos y México

¿Qué piensa de la retórica antiamericana?

La relación entre México y los Estados Unidos ha pasado por un momento muy difícil debido a la persona que estaba sentada en la Casa Blanca, Donald Trump, pero en México hemos aprendido que la relación es mucho más compleja de lo que dice un presidente.

Allá en los ochenta, cuando México estaba dominado por el PRI y el presidente era una suerte de rey, solíamos pensar lo contrario. Solíamos pensar que lo que dijera el presidente, en México y en los Estados Unidos, eso sería lo que ocurriría en la relación bilateral. Pero ahora hay múltiples actores, como el Congreso, la sociedad civil, las universidades, las cámaras de comercio, etc., que se activaron cuando Donald Trump ganó la presidencia, y siguen luchando por mantener la relación bilateral tan fuerte e importante como es, porque no hay otra relación, ni para los Estados Unidos ni para México, que sea más importante que la relación bilateral mexicanoamericana. Usted sabe que nuestro comercio se ha quintuplicado a lo largo de los años, tenemos más de 20 millones de personas de descendencia mexicana en los Estados Unidos, viviendo allí, nuestras culturas están muy integradas.

Se habló de que el señor Andrés Manuel López Obrador, siendo un candidato presidencial, podría ganar la elección y también adoptar un resentimiento antiamericano...

Sí. El sentimiento antiamericano ya no está solo en México, está en todas partes. He visto los últimos sondeos de Gallup que dicen que la imagen de los Estados Unidos declinó cuando Donald Trump asumió la presidencia. Después del muy buen trabajo que hicieron Hillary Clinton y Barack Obama para aliviar la imagen del país.. Pero siempre hemos tenido esta relación. Los mexicanos han desconfiado siempre de los americanos desde que co-

menzamos como un país independiente. Los Estados Unidos desconfían de México. Hemos tratado de construir una relación de confianza mutua a través del NAFTA y otros mecanismos.

López Obrador ha tratado consistentemente de crear una imagen moderada de sí mismo. A diferencia de lo que fue Trump, dice que el libre comercio es bueno para México, que ha sido bueno para el país y que, si gana la presidencia de México, hará lo que pueda para mantener el NAFTA. Está mandando un mensaje a los empresarios en México de que puede ser moderado. Él tiene apoyo de la izquierda, pero es de centro. Ha mostrado que trabajó con empresarios en Ciudad de México cuando fue alcalde de la ciudad. Hizo alianza con Carlos Slim para reconstruir el centro histórico de Ciudad de México. Ha tratado de decir que va a proteger a nuestros migrantes que van a los Estados Unidos, que defenderá nuestra soberanía nacional y toda esa retórica nacionalista, que no es única o exclusiva de él.

Entiendo, también debido a la proximidad, que la relación con los Estados Unidos puede ser diferente de la relación con Europa. ¿Cómo percibe a Europa en ese contexto, especialmente si ve el alcance de toda esta serie de mis transmisiones multimedia, como un concepto de Occidente? Europa tiene una historia vieja, y México tiene la relación hispanomexicana. ¿Es Europa la parte de Occidente a la que una persona de América Latina quiere mirar?

Sí, ciertamente. Tenemos de hecho un acuerdo de libre comercio con la Unión Europea desde el año 2000. La Unión Europea solo tiene dos tratados como ese en todo el mundo, uno con México y uno con Chile.

México, claro está, siempre ha tratado de diversificar sus socios comerciales. Los Estados Unidos forman el ochenta por ciento de nuestro comercio, exportaciones e importaciones, pero Europa ha tenido un aumento constante en ese sentido. Y México está siempre, obviamente, mirando otras posibilidades de tener mejores socios comerciales.

Formamos parte del Foro de Cooperación Económica del Asia y el Pacífico (APEC). También estamos tratando de que se apruebe la Alianza Transpacífica (TPP). México tiene tratados de comercio con Colombia, Perú y con Israel, y está tratando de conseguir uno con Japón. Claro que México mira hacia otras direcciones. Está también buscando ver qué hace con China. México está siempre viendo la manera de tratar de disminuir o de depender menos del comercio americano.

Latinoamérica se enfrenta a importantes desafíos frente a los movimientos identitarios en términos de aceptación sociocultural y reconocimiento jurídico de las personas LGBT, y aunque han logrado progresar legalmente en trece países de la región, en cuanto a cambios de identidad, matrimonio igualitario, adopción, derecho a trabajo digno, derecho al voto, entre otros, aún persisten la violencia y la humillación. Hay una marcada intolerancia en islas del Caribe como Jamaica o países centroamericanos como Honduras, con los mayores casos de homicidios a personas LGBT.

Se debe replantear en el resto de Latinoamérica la discursiva política en relación con estos temas de aceptación para avanzar en el ámbito de los derechos legales y fomentar sociedades más participativas y democráticas, así como respetuosas con aquellos que representan la diversidad sexual.

Entrevista a Javier Echeverría (Costa Rica)

Dinámicas desde una democracia ejemplar en Centroamérica



En la siguiente entrevista nos acercaremos a la construcción de identidad de Costa Rica en un contexto de valores históricos, político, racial, económico y ambiental enmarcado en el paradigma cultural latinoamericano y sus articulaciones con el mundo actual.

Costa Rica es un país de América Central ubicado entre el mar Caribe y el océano Pacifico, cuya identidad se construye a partir de las mismas dinámicas colonizadoras del resto de Latinoamérica, dominante y dominado, y con elementos modeladores en la religión, la lengua y las costumbres.

Su historia muestra una transformación influenciada por la legitimación de un Estado liberal que, a finales del siglo XIX, propició en el nacionalismo la creencia de la homogeneidad de la raza, soslayando sus antepasados indígenas.

La dictadura de los hermanos Tinoco y la guerra civil de 1948, que desencadenó la abolición del ejército, fueron los sucesos que reafirmaron la conformación de la nación. Con una discursiva casi eurocéntrica, de estos hechos derivó la creación de una sociedad cívica moderna, que propició el progreso económico con la incorporación de Costa Rica a los mercados internacionales, y un Estado democrático modelo para los latinoamericanos. Sobre estos acontecimientos se ha sustentado la compleja identidad de este país.

Actualmente se habla de una crisis de identidad en los costarricenses, quienes rechazan la nueva sociedad trasnacional y las marcadas diferencias sociales, lo que apunta a un declive del Estado en los procesos electorales, cada vez menos concurridos, y una profunda preocupación por el creciente consumismo que amenaza a su riqueza biológica única en el mundo.

En esta entrevista con el especialista ambiental Jaime Echeverría profundizamos en la identidad costarricense y cómo se configura el marco político, económico y ambiental de este país, y sus relaciones con el resto de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa.

Jaime Echeverría Bonilla es presidente y director general de EAE Consult. Estudió economía de la agricultura en la Universidad de Costa Rica y economía del medio ambiente en la Universidad de Massachusetts. Con más de veinte años de experiencia laboral, es un experto en evaluación de recursos naturales, análisis económico del cambio climático e implementación de estrategias para la conservación. Esto incluye el diseño de pagos múltiples para esquemas de servicios ambientales en Latinoamérica, el Caribe, Asia y África. Entre sus clientes se cuentan el PNUD, Conservación Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo y el grupo Maersk, entre otros.

En Costa Rica ha tenido un papel en el desarrollo original del sistema nacional de pagos de servicios del ecosistema y, más recientemente, como asesor del Gobierno. Es miembro activo de la Junta del Centro de Ciencia Tropical. En Alemania ha colabo-

rado con la Fundación Bertelsmann. Actualmente está a cargo del programa de manejo ambiental para el puerto caribeño de Moin, Costa Rica.

Hoy en día hay muchos debates sobre la identidad. ¿Qué significa la identidad para usted, personalmente?

Para mí, identidad es un conjunto de características propias, que puede aplicar a un país, barrio, individuo, grupo.

Discurso de la identidad costarricense

¿Cómo es el discurso sobre la identidad en su país?

Está orientado a diferencias entre grupos. Por ejemplo, de tipo económico: progresistas, neoliberales. O de orientación religiosa: evangélicos o ateos. O sociales: proaborto, en contra del aborto. Se refiere más a grupos dentro del país. En cuanto al país, estamos en una crisis de identidad. Siempre creímos que éramos los más ordenados y que eliminar el ejército nos había permitido hacer grandes inversiones para superar a nuestros vecinos. Pero, por mala administración, hoy el país está al borde de la quiebra, y muchos índices no son ya tan buenos como antes.

Europa, Estados Unidos el mundo globalizado y los latinoamericanos

América Latina tiene sus propias raíces, una historia con Europa y otra con los Estados Unidos de América. ¿Qué opinión tiene la gente hoy sobre estos tres puntos de referencia?

Creo que, por lenguaje y peso, nos identificamos más con la raíz europea. Aunque comercialmente Estados Unidos es más importante, la barrera del lenguaje y la cultura nos hace tan diferentes que preferimos conservar más la raíz europea. La raíz propia casi ni se conoce.

> ***«Con Estados Unidos es como una relación de amor y odio. Por un lado, todos los latinos quieren visitar Disney, tener Netflix y usar iPhones; pero, por otro, a Estados Unidos se lo ve como imperialista.»***

En Europa se ha iniciado un proceso que analiza críticamente la época y las prácticas del colonialismo. ¿Cómo ven las personas en América Latina este período de su historia? ¿Hay un cambio de actitud hacia Occidente?

Todavía no. Tal vez haya una minoría muy ruidosa —aquí la llamamos *progre* o progresista—, que está copiando mucho de lo que está pasando en Estados Unidos con *Black Lives Matter, por ejemplo*.

En muchas conversaciones, la gente de América Latina expresa una especie de amor por Europa, por el Viejo Mundo. Estados Unidos, aunque está mucho más cerca y es mucho más crucial para el desarrollo de América Latina, es visto de manera más crítica. Europa es amada, Estados Unidos aceptado. ¿Es esa su percepción también o cómo la ve?

Exactamente. Con Estados Unidos es como una relación de amor y odio. Por un lado, todos los latinos quieren visitar Disney, tener Netflix y usar iPhones; pero, por otro, a Estados Unidos se lo ve como imperialista, y se puede notar aquí el giro a la izquierda de la región en los dos mil: Argentina, Brasil, Venezuela, Bolivia, etc.

El conflicto que existe hoy con Estados Unidos también me parece que se basa en imágenes históricas de enemigos. Por un lado, el protestante británico; por otro, el católico español.

Creo que es un tema más de clases sociales y nivel socioeconómico que religioso. Si eres latino pero tienes dinero, en Estados Unidos te dan una bienvenida. Se habla de los ilegales, me parece, porque se ha hecho una imagen acerca del infiltrado latinoamericano ilegal como si representara a un criminal, pobre, con pocas cualidades para la economía. Y en cierta manera hay algo de cierto, por lo que dije aquí antes. Si eres educado, tienes dinero, un negocio y puedes invertir, te tienden la alfombra roja, me parece.

El ascenso de China ha planteado la cuestión de cómo defenderse del autoritarismo en muchos países del mundo libre. Dibuja identidad, no solo en China, como entidad étnica. La raza debería volver a jugar el papel más importante, así como la religión o el idioma. ¿Este desarrollo también existe en América Latina? ¿Qué opina al respecto?

Podría ser, aunque América Latina no tiene una identidad racial, es una gran mezcla. Desde México hasta Argentina se encuentra mucha variedad. Me parece que el factor común sería más el idioma, exceptuando Brasil.

¿Costa Rica es parte del mundo occidental? Si es así, ¿qué significa occidental para usted?

Que sigue y quiere ser parte del bloque de Estados Unidos y la Unión Europea. Sin embargo, en los últimos años ha habido un giro del Gobierno acercándose a China y a Venezuela, por razones ideológicas.

Ideologías políticas y la identidad en América Latina

En la pandemia del coronavirus, muchos países latinoamericanos sufrieron un retroceso económico. ¿Qué desarrollo a largo plazo traerá esto?

¿Más populismo? ¿El ascenso de los políticos autocráticos?

Difícil de saber, puesto que puede haber reacciones diferentes en países diferentes.

La desigualdad en muchos países latinoamericanos es inmensa. ¿No amenaza con destruir las democracias en esta parte del mundo?

No estoy seguro, pero parece que la tendencia va en esa dirección. La desigualdad ha contribuido con ese giro izquierdista, por ejemplo, en los países que mencioné antes.

¿Qué influencia tuvo este giro a la izquierda en la identidad de las personas de la región?

Creo que fue una gran decepción. Usando el caso de Costa Rica, ha sido un duro despertar. Es decir, hemos visto que «la luna no es de queso» y que ese modelo *autóctono* de desarrollo no está funcionando. En ese sentido, nuestra identidad ha sufrido un gran golpe. Igual con covid-19: al inicio nos jactábamos de excelentes resultados, seis meses más tarde hemos visto que no éramos tan especiales y hemos descubierto la precaria situación en la que nos encontramos.

Y en cuanto a la identidad, ¿hay una narrativa de los pobres y una narrativa de los ricos cuando se habla de América Latina?

Sí, claro. Para los pobres todo resulta muy duro y complicado; en cambio, las clases altas son como europeos, estudian fuera del país, por ejemplo.

Protección del ambiente y pueblos indígenas en Costa Rica

La protección de la naturaleza es una tarea importante del presente. América Latina está experimentando una grave sobreexplotación de la naturaleza. ¿Pueden las fuentes de los pueblos indígenas, el nuevo interés por la cultura indígena, que también fue destruida

por el colonialismo, provocar aquí un cambio de tendencia?

> Lo veo difícil, porque es un poco tarde. Tal vez en el Amazonas podría darse, si se promueven políticas o negocios como turismo relacionado con la cultura indígena. Pero no es un tema que se haya explotado mucho, excepto en México, y tal vez Perú, y creo que tiene mucho potencial, si se hace bien.
>
> Pero Costa Rica se ha abierto al turismo y ha tratado de proteger el ambiente al mismo tiempo. Me parece que puede ser un buen ejemplo para conectarse con otros países a través de su amor por la sostenibilidad.
>
> Yo me refería al tema de las poblaciones indígenas. Y aun Costa Rica y todo su turismo, realmente no aprovecha todavía ese interés por la cultura indígena. Si bien es cierto que el costarricense se considera amante de la naturaleza, todavía el tema de culturas indígenas autóctonas no es parte de nuestra identidad. Dato importante: en Costa Rica se ha subestimado la existencia de estas culturas, y en los libros de historia siempre se enfatiza en que eran «muy pocos» individuos.

La diversidad que existe en Latinoamérica nos deja ver los dilemas a los que se enfrenta en la construcción de su propia identidad. Lo que implica la revisión de su historia y la conformación de sus naciones para entender cómo estos sucesos han moldeado la cultura de estas sociedades.

Los elementos que han propiciado el orgullo en los costarricenses por su democracia, su diversidad biológica y sentirse ejemplo para la región son también parte de la crisis de identidad que hoy reconocen tener, asociada a la desarticulación con las formas culturales de sus antepasados indígenas, a las desigualdades sociales y al impacto ambiental como consecuencias de los modelos económicos. Una crisis que se presenta para motivar, en estos intereses comunes, la defensa de su dignidad cultural y su autorreconocimiento.

Entrevista a Henning Droege (Guatemala)

Geopolítica de la identidad regional



Desde una mirada germano-guatemalteca conoceremos las dinámicas geopolíticas de Latinoamérica en relación con la construcción de su identidad. La corriente migratoria alemana que confluyó en la región y su trayectoria. Los cambios originados en Mesoamérica a partir de la Guerra Fría y la actuación política de Estados Unidos. China y su participación en los actuales contextos. La creación y establecimiento del Estado de Israel y el rol de la región. Europa y su percepción sobre Latinoamérica y las problemáticas políticas y sociales de la región.

Guatemala es uno de los países de Centroamérica en los que la historia de su pueblo ha transcurrido bajo los modelos sociales de las oligarquías de carácter dictatorial con presencia militar en gran parte del siglo XX y una escalada de eventos de violencia en zonas rurales y urbanas que persisten aún hoy. En medio de esta realidad se ha venido resaltando el proceso de identidad, en particular, cuando hablamos de identidad indígena maya, su reconocimiento y las implicaciones sociopolíticas.

Es un país pluricultural, multiétnico y multilingüe, porque en su territorio coexisten varias culturas con signos identificativos propios y heredados. El sentido de pertenencia de los integrantes es una de las características identitarias que conforman esta cultura del *hombre de maíz*.

Henning Droege es un ciudadano guatemalteco-alemán, diplomático de carrera con diez años de experiencia en asuntos políticos y económicos de alto nivel. Como embajador adjunto para el Reino Unido, fue cofundador de la Asociación Latino Americana de Comercio e Inversión (LATIA), una plataforma para promover inversiones en la región. Posee un máster en Desarrollo Económico de la London School of Economics (LSE). Desarrolla en la actualidad nuevos modelos económicos en el valle del río Polochic en Guatemala. Accionista y miembro de juntas directivas en empresas agroindustriales, también fundó y dirige Lichutam, una ONG que trae alfabetización tecnológica a los indígenas de Guatemala.

Me preguntaba si usted compartiría unas palabras sobre la conexión que tiene con Europa, y cómo estos europeos, con los cuales usted está conectado, llegaron a Guatemala.

> Sí, soy un alemán de tercera generación por parte de padre. Mi abuelo llegó en 1920. Nací en Guatemala, viví en Guatemala, cursé mi liceo en Guatemala y entonces me mudé a Europa. Me mudé a Alemania y viví en Alemania, Francia y el Reino Unido. También tuve breves experiencias en Mozambique y en Sudáfrica.
>
> Creo que puedo decir que me siento guatemalteco, pero también me siento alemán. Especialmente en lo que concierne al fútbol y a disfrutar una cerveza, me siento alemán; cuando se trata de cosas latinas, me siento más guatemalteco.

Eso es quizás la realidad para la mayoría de la gente ahora, que no tiene una sola identidad monolítica, sino una identidad compartida o

mixta. Cuando hablamos en esta serie sobre América Latina y Occidente, mucha de la gente tiene una clara inclinación a ser parte de Occidente en América Latina, pero dividen estos tipos de experiencias entre un lado europeo y un lado estadounidense de pertenencia. También hay algo en relación con su familia y los Estados Unidos y Europa que es aplicable a la historia reciente de Guatemala. Quizás podemos hablar sobre esta historia y también la implicación con la comunidad alemana en Guatemala.

Claro. Si vamos cronológicamente a la historia, hubo una gran ola de alemanes que vinieron a América Latina; no solo a Guatemala, pero Guatemala fue uno de esos países. Yo diría que la mayoría de esos alemanes vinieron alrededor de 1870, a invertir en el sector agroindustrial, especialmente en el café. Hubo una segunda ola, entrado el siglo XX, antes y después de la Primera Guerra Mundial. Entonces fue cuando vino mi abuelo. Empezó un negocio de café y cardamomo.[2] En realidad, él fue uno de los primeros en plantar cardamomo en Guatemala. Fue muy exitoso hasta los años 1941-1942. Ahí es cuando comienza la historia, y la geopolítica se vuelve tan importante en Guatemala y en algunos otros países en América Latina. Había una política llamada del *buen vecino* de parte de los Estados Unidos. Se basaba en la idea de que los alemanes en América Latina se estaban organizando para atacar a los Estados Unidos, básicamente eran un riesgo nazi en América Latina. Ahora, con tiempo y alguna investigación, encontramos que esto se debía al predominio de la geopolítica. Mi abuelo no tenía ninguna inclinación política en ese entonces. Fue forzado a dejar Guatemala. Lo forzaron a dejar sus empresas. Dejó a su familia en Guatemala y eso les pasó a muchas familias alemanas, mayormente a familias que eran muy influyentes en el país.

Como dije, no solo fue en Guatemala. Se vio en otros países, digamos Colombia: Avianca, una de las líneas más importantes de la región, comenzó sobre todo con inversiones alemanas, y fue luego incautada y pasada a otros inversionistas locales. Básicamente yo diría que, durante la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos asumieron el papel dominante en la región. Creo que en ese tiempo se volvió extremadamente importante en los asuntos políticos de la mayoría de los países en América Latina.

Estados Unidos, el actor político en Guatemala

Pero eso continuó en la época de la Guerra Fría, ¿no es así? Lo que llevó a las llamadas repúblicas bananeras y a la influencia de los Estados Unidos sobre estos países al comienzo de la guerra fría, ¿correcto?

Sí. Aun antes de la United Fruit Company (UFC). Creo que desde esa época vienen las repúblicas bananeras, porque la UFC poseía grandes sectores en los países para plantar bananas. De modo que es algo histórico muy importante. Con el tiempo, también tuvieron su influencia en la región, especialmente durante la Guerra Fría. En ese punto era también algo ideológico. Los Estados Unidos presionaban por un régimen más capitalista y, obviamente, en algunos países avanzaban algunas guerrillas, algunas de ellas más exitosas que otras, como en Nicaragua o Cuba. En Guatemala tuvimos solo por un breve período un gobierno socialista. Pero, en general, los Estados Unidos han sido absolutamente el actor dominante en la arena política en Guatemala.

Aun llegando a apoyar a sus candidatos y especialmente también, en el caso de Guatemala, conduciendo a una guerra civil de más de treinta años, me pregunto cómo es hoy la percepción de los guatemaltecos, y especialmente de la generación joven, sobre los Estados Unidos.

2 La cardamomo es una especia utilizada en la gastronomía por su aroma y como remedio para diversos malestares físicos.

No era solo influyendo en las elecciones. Hubo algunos golpes de Estado apoyados o prácticamente coordinados por los Estados Unidos. Sin duda, ellos han sido muy importantes, asegurándose de que la gente que está en el poder esté alineada con sus intereses. Hoy, yo diría que los Estados Unidos continúan teniendo un papel muy importante. En el caso de Guatemala, yo diría que estamos en una fase de transformación. Estamos pasando por una limpieza del sistema, por la corrupción, si se me permite llamarla así. Tenemos un cuerpo de la ONU que es una Fiscalía General de la Nación paralela, pero manejada por gente internacional de la ONU. Es el primer caso en el mundo. Obviamente, aun cuando está bajo el paraguas de las Naciones Unidas, los Estados Unidos tienen un enorme papel allí. De modo que hemos sido vistos como un juego de ajedrez en política, donde el foco está en la lucha contra la corrupción. Los Estados Unidos juegan un papel muy importante. Hay políticos que están bajo investigación, hay grupos poderosos que están bajo investigación, incluyendo al sector privado. De modo que mucha gente dice que hay algún manejo maquiavélico detrás y que los Estados Unidos están detrás de eso. Yo mismo creo que ellos juegan un papel muy importante. Yo creo que tienen una agenda para Guatemala, y que esto obedece a sus intereses nacionales. Guatemala, recuerde, está a solo un país de los Estados Unidos, y es un país mucho más pequeño que México, de modo que, si usted discute la política de narcóticos, drogas y también pone la migración dentro de la ecuación, entonces verá cuán importante es Guatemala para los Estados Unidos.

Centroamérica y las relaciones con Asia

En estos días, cuando vemos, como en el caso de Panamá, que la República Popular China está tratando de expandir su influencia en el llamado patio trasero de los Estados Unidos, ¿hay algo así como una batalla de sistemas que pueda sentirse cuando él o ella están en Centroamérica, en el sentido de que los Estados Unidos esté tratando de reafirmar su influencia sobre la región para que China no se involucre mucho allí?

Eso es cierto. Hemos visto en América Latina una China mucho más importante y poderosa. En Guatemala, específicamente, no tenemos relaciones diplomáticas con China. No las tenemos con la China continental. Yo diría que sería algo que deberíamos evaluar como guatemaltecos. Sería un factor que balancee este poder en la geopolítica. Sí tenemos una presencia política rusa, con una importante mina en Guatemala. Pero sí, yo creo que los Estados Unidos están poniendo mucha atención en estos últimos desarrollos. El último país en darle la bienvenida a China fue Costa Rica. Creo que el único país en el mundo con más de diez millones de habitantes que reconoce a Taiwán como nación independiente es Guatemala. La mayoría de los demás países son mucho más pequeños y más dependientes de la esperanza de ayuda internacional de Taiwán, pero creo que esto es algo que deberíamos dejar de lado. China ya es el segundo poder en el mundo y luchará por tomar su lugar muy pronto.

Yo soy un diplomático de carrera, y este es uno de los puntos sobre los que he tratado abrir una discusión. No podemos seguir dejando de lado tópicos tan importantes porque así es como son las cosas. Necesitamos abrir una discusión y tratar de evaluar lo que es mejor para Guatemala, desde un punto de vista muy estratégico.

Los latinoamericanos en las dinámicas políticas globales

¿Diría usted que en este contexto surte efecto lo que llamamos en Occidente, o en la conexión occidental, compartir una muy similar pero diferente identidad, un sentido más arraigado de pertenencia común? ¿O diría que ahora —tal y como mencionó— parece ser el caso de que muchos latinoamericanos tienen una fuerte

inclinación hacia Europa y Europa Occidental, su filosofía y las lenguas, pero que cuando se trata de los Estados Unidos, parece haber muchos problemas en cuanto a una identidad compartida —también de parte de ellos—?

Permítame responder esto de dos maneras. Creo, primero, que históricamente si usted va a América Latina y ve todas las ciudades, usted verá que hay alguna planificación europea. Nuestra religión es mayormente católica. Es cristiana. Si usted mira nuestras costumbres, estamos muy cerca de Europa. También nuestros sistemas políticos son muy similares a los de Europa. De modo que nos sentimos muy cercanos a Europa. Dicho esto, también creemos que necesitamos —y esto va a formar parte de esta nueva generación— unirnos más como latinoamericanos. Esto no solo será bueno para América Latina; será también bueno para los valores occidentales, seguramente. ¿Por qué? Vamos a usar un ejemplo, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La región tiene dos miembros no permanentes en un consejo de quince. Usted tiene a los europeos y a los americanos, pero estos dos miembros son muy importantes. Han sido muy influyentes, al menos poniendo un balance moral y ético en algunas decisiones.

Necesitamos unirnos más como latinoamericanos. Esto no solo será bueno para América Latina; será también bueno para los valores occidentales, seguramente.

Déjeme darle otro ejemplo donde América Latina ha jugado un papel muy importante: en la creación del Estado de Israel. En ese entonces se creó un consejo para encontrar una solución. Uno de los miembros más influyentes de ese consejo fue el embajador García Granados de Guatemala, y él básicamente fue el promotor principal de que toda la región se alineara y votara a favor de la creación y establecimiento del Estado de Israel. Por eso hay una relación muy cercana entre nosotros e Israel. Volviendo a América Latina, me gustaría tomar como ejemplo el caso de la Unión Europea. No solo por sus asuntos internos

«Necesitamos unirnos más como latinoamericanos. Esto no solo será bueno para América Latina; será también bueno para los valores occidentales, seguramente.»

y su economía, sino por el bienestar de la gente, creo que la Unión Europea ha tomado la decisión de mantenerse unida porque en estos tiempos de globalización y geopolítica es mejor tener una unión y una fuerza común para promover sus valores y su filosofía. Creo que hay una gran oportunidad para los latinoamericanos de hacer eso. No hemos logrado ese potencial todavía, aun cuando hablamos la misma lengua —o al menos muy similar, en el caso de Brasil—, nos sentimos latinos, escuchamos la misma música, tenemos maneras muy similares de disfrutar la vida, vamos a las mismas iglesias, reconocemos sistemas democráticos y europeos. De modo que hay mucho en común. Pero no creo que hayamos logrado lo que podemos como región. Una vez que tengamos eso, creo que no solo nosotros sino todo el sistema occidental se va a beneficiar de ello.

¿Diría usted que algo como los Estados Unidos o como Latinoamérica, o una unión como hay en Europa, algo así como una suerte de entidad niveladora en América Latina, distinta de lo que existe ahora, sería de interés y de ayuda para la región? ¿Usted lo propondría?

Hay algunas plataformas en posición, pero no ha habido todavía una integración completa. Veremos en la región muchas guerras ideológicas, tomando como ejemplo a países liderados por Venezuela. Por el otro lado, hay algunos

países que tienden hacia la derecha. De manera que ha sido siempre un poco difícil unirse, pero hay muchos temas que nos deberían unir. Creo que es más bien una voluntad política y que las nuevas generaciones están muy conscientes de esto. Mucha gente en la élite económica y política ha estudiado en los Estados Unidos o en Europa. Tienen la sensación de que saben por qué es importante, y yo creo que, al mismo tiempo, estamos reconociendo y sintiendo cuán importante es la geopolítica.

La mirada europea sobre el latinoamericano

¿Puede entender por qué los europeos no tendrían interés en una alianza más franca, más abierta y más natural, que se manifieste en la política cotidiana y la solidaridad, entre los dos lados del Atlántico? Hay interés en América Latina, por supuesto, pero solo a nivel muy especializado. ¿Tiene alguna idea de por qué eso es así? Usted ha viajado por Europa, de modo que puede haberle dicho a la gente: «Oh, soy de Guate» y recibir algo como: «Oh, bien».

Eso es cierto. Digamos que, con el ciudadano común en las calles, los europeos tienen la mayor parte del tiempo —si no hay una relación con la violencia— la idea de América Latina como una región bella, de felicidad y baile, una región hermosa. Pero, es cierto, creo que América Latina perdió mucho terreno en las últimas décadas. Los países asiáticos se han desarrollado mucho más rápidamente en varios aspectos, en términos económicos, en tecnología. En cuanto a inversión y asuntos políticos, ha habido una mirada más cercana hacia el otro lado del mundo, hacia Asia y el Oriente Medio; el Oriente Medio porque, como europeos, ustedes tienen una conexión natural con ellos; es solo geografía. El foco de los políticos europeos no ha estado en América Latina. Creo que esta no es la manera correcta. Yo sí creo, como usted dijo desde el principio, que hay muchas cosas que podemos hacer juntos. Incluso los europeos pueden aprender muchas cosas de lo que pasa en América Latina. Digamos, integración. ¿Quién es latinoamericano para usted, Alexander? ¿A quién describiría como latinoamericano?

Esa es una muy buena pregunta. Yo creo que es básicamente una persona que viene de uno de los países del mundo hispano o portugués, del otro lado del Atlántico. Yo diría que, como yo mismo, es de un origen variado, dicho no académicamente. Yo tuve que primero viajar a la región para superar no solo estereotipos, sino también un poco de ignorancia porque, como usted dijo, usted quizás está mirando hacia China, y esta es la razón por la que uno puede perderse el desarrollo en Colombia o en México, porque es solo una cuestión de foco.

Eso es correcto pero, volviendo a la cuestión de que eso es lo que también nos hace tan ricos, un latinoamericano puede ser indígena, puede ser blanco y de ojos azules, puede ser negro, oscuro, puede incluso ser asiático como Fujimori, en Perú. Eso es lo que hace tan especial a América Latina. Somos una mezcla de culturas con sistemas predominantes basados en los europeos, pero hay algo en lo que creo especialmente: en la fase que Europa ahora está dejando, habrá una fase transformadora. En Europa —y yo me incluyo dentro de los europeos en este tema— nosotros como europeos necesitamos aprender que los europeos no solo son gente blanca; los europeos son mucho más que eso. Los europeos hoy son de naciones de alrededor del mundo que han adoptado los valores de Europa, y eso es también lo que debería fortalecer tanto a Europa.

Eso es seguro. Ahora, estando en Asia —actualmente en Taiwán, en Hong Kong, en afiliaciones universitarias—, uno se da cuenta de que los valores occidentales se han vuelto internacionales. Tenemos el debate, en esta región, de si China puede aplicar la democracia, y entonces la idea de que el Partido Comunista diga: «No, porque la democracia no es un modelo tan chino», es obviamente tonta, porque todo el mundo puede aplicar estos valores. Ellos, básicamente, se adaptan a lo que usted acaba de decir, el reconocimiento de que hay variedad en la sociedad.

Yo estoy completamente de acuerdo con usted, y ese tendría que ser el concepto detrás de la integración.

Percepciones sobre la región

Volviendo a América Latina, usted la captó diciendo que el foco había cambiado. Cuando yo era niño, el día de Navidad hacíamos colectas en la iglesia para América Latina. Creo que se llamaba Adveniat, una recolección de dinero de los católicos en Alemania para los católicos en América Latina. De esto hace treinta años, y quizás en la cabeza de muchos europeos, al menos de los alemanes, todavía está: «Oh, son países en desarrollo. La gente es muy pobre». Pero cuando yo llegué a Ciudad de México por primera vez hace algunos años, era: «Está bien». Es muy desarrollada. Y yo fui a Guatemala, y no está donde mucha gente cree que está. Esto puede ser un asunto de relaciones públicas para que los países latinoamericanos se promocionen mejor.

Sí, estoy completamente de acuerdo. Le doy un ejemplo. Si usted habla de violencia con los europeos, le dirán que México es el país más violento de la región. Pero pongamos otro país, digamos Brasil. Estoy cien por ciento seguro de que, si usted les pregunta a diez personas, nueve de diez le dirán que México es más violento. Si usted ve las estadísticas, se dará cuenta de que es al revés. Pero esas son las relaciones públicas. Los brasileños son campeones mundiales en relaciones públicas, y México tiene una muy fuerte guerra contra las drogas, de modo que las percepciones son muy importantes. En general, creo firmemente que América Latina, incluyendo a Guatemala, tiene mucho trabajo por delante para hacer que sus países se conozcan mejor en el exterior. Necesitamos entender que la inversión en imagen, la inversión en dar a conocer ideas del país afuera, va a pagar más dividendos en algunos años.

Dicho esto, Alex, yo realmente disfruté sus palabras. Si bien me impresionó Ciudad de México, me impresionó Guatemala. Es cierto. Hay algunas partes de nuestros países que se han desarrollado según estándares europeos y americanos y aun más allá, pero también hay partes de nuestros países que están muy por debajo de lo que consideraríamos estándares básicos en Europa. Guatemala es un país que ilustra esto muy bien. Tenemos alrededor del sesenta por ciento de nuestra población viviendo bajo la línea de pobreza y mucha gente que no termina la educación secundaria, el liceo. La mayor parte de la población no tiene acceso al agua, la electricidad, las cosas básicas, y todavía viven en una choza sin piso. En Guatemala, yo diría que lo que más preocupa es que tenemos *retraso en el crecimiento*. Usted conoce el término: básicamente es malnutrición en los primeros dos años de vida. Prácticamente, lo que pasa es que los niños que no han tenido la nutrición correcta en los primeros 18 a 24 meses están limitados de por vida, y eso se ve. Se puede escanear el cerebro de un niño que ha tenido toda la nutrición que necesita y la higiene, y luego escanear otro, y es al revés, es impresionante. Es como si usted limitara a esta persona en un cuarenta o sesenta por ciento de su capacidad intelectual, y esto está pasando en uno de cada dos niños en Guatemala. Estas son las cosas que no debemos dejar de lado. Creo que la región ha

> ***«[América Latina] tiene mucho trabajo por delante para hacer que sus países se conozcan mejor en el exterior. […] la inversión en imagen, en dar a conocer ideas del país afuera, va a pagar más dividendos en algunos años.»***

tenido grandes mejoras en ese sentido, pero hay países que están quedándose atrás.

Problemáticas actuales

Eso es cierto, porque no es solo la capacidad intelectual, sino el equipo básico con el que ha sido dotado, y su desarrollo es más bien limitado en ese sentido. Es muy triste afirmarlo, por decir lo menos. Tengo también más conocimientos sobre México. Si usted piensa que la mitad del país no tiene cuenta bancaria, eso quiere decir que no pueden registrar su teléfono celular. Usted me contó sobre Guatemala, donde cerca del treinta por ciento de la población indígena, si recuerdo correctamente, no tiene ni siquiera un pasaporte o una identificación, lo cual le hace imposible votar. De modo que sí, no se deberían cegar los problemas que todavía existen. Me pregunto cómo van a enfrentar estos problemas los países latinoamericanos.

Sí. Yo le mencioné en nuestras discusiones que veo tres grupos diferentes en América Latina. Yo pondría a Chile, Argentina, Uruguay, incluso a Costa Rica, en un grupo de las democracias más europeizadas, más avanzadas. Después tiene un grupo de países medios como Colombia, Ecuador, México, etc. Luego tiene un grupo donde están los guatemaltecos, probablemente los bolivianos, incluso, si lo han hecho bien, los hondureños, etc. En esos países creo que estamos todavía en el proceso de definir nuestra cultura —yo no sé si *cultura* es la palabra—, refinando nuestras identidades, ciertamente. Le daré un ejemplo. Mi familia ha estado en el negocio agrario durante muchas décadas. Ahora mismo hay una discusión sobre los derechos de propiedad en Guatemala. Obviamente, los que estamos en la ciudad y en las áreas urbanas decimos: «Bueno, tenemos que proteger los derechos de propiedad. Esto es una piedra angular para nuestra democracia y ha sido un gran valor para nosotros». Entonces usted va a la población indígena. Muchos de ellos han sido dejados de lado por un largo período. Si usted profundiza y realmente mira dentro, en su tradición no ha habido derechos de propiedad. Imagínese que usted ha vivido durante mil años aquí y allí, y no hay algo como: «Tome, este es su papel, y este es su patio interior, esta es su casa». Es un proceso. Yo sí creo que eso va a venir, pero también tenemos que pedirle a los guatemaltecos y a los latinoamericanos que entiendan que es algo en lo que debemos trabajar. Desde un punto de vista antropológico es algo que tenemos que entender. Dicho esto, no quiere decir que tenemos que aceptar el desorden. Yo creo que más bien necesitamos traer progresivamente a todo el mundo en nuestra sociedad a estas piedras angulares de la democracia. Eso es lo que estamos haciendo, pero hay mucho trabajo en ello. También, necesitamos tomar en consideración sus valores, su cultura y la riqueza de su vida. Por eso digo que estamos en una fase de transformación. Todavía estamos en camino. Desafortunadamente, también hay grupos que se aprovechan de esas situaciones y tratan de promover la anarquía, y aun la separación de nuestras identidades como guatemaltecos, diciendo: «No, ustedes son indígenas. Ustedes son esto. Ustedes tienen este tipo de derecho. Y esto eres tú, y tú no eres indígena. Eso es lo que eres, y tú vas para ese lado». Eso es muy peligroso. Necesitamos trabajar mejor para lograr y continuar transformando una identidad común, una cultura común y un valor común. Y así.

Transformación de la identidad en América Latina

Usualmente, cuando miramos a Europa occidental pero también en otra medida a los Estados Unidos y más allá del mundo democrático, hay un movimiento, una tendencia, a usar las identidades, más como una retórica de nosotros versus ellos en la formulación de políticas que como una aceptación más inclusiva de la variedad. Usted también hizo alusión al hecho de que esto ocurre de igual manera en Guatemala y más allá de América Latina. ¿Qué diría usted que es la identidad? ¿La identidad algo que está

en un proceso, un movimiento, y es capaz de transformación?

> Precisamente. Eso es lo que nos hace tan ricos. Es algo de transformación, y lo importante es tener los puntos comunes de comprensión, los valores comunes, los principios comunes. Pero también hay una cantidad de fuerzas que confluyen en estos procesos. Digamos Europa: hace treinta años usted no hubiera visto a un italiano, un británico, y a un letón y un rumano y un español siendo parte de la Unión Europea. En nuestra generación, en Europa existe el sentimiento de ser europeo. Obviamente que usted tiene la herencia de Alemania en su lengua, y lo mismo para los franceses o para los españoles, pero ahora usted ve crecer mucho más frecuentemente esta identidad europea. Creo que esto sucede también en América Latina, en diferentes niveles. Seguimos transformándonos. Es parte de nuestro reto. Hemos logrado ya por muchos años evitar las grandes guerras de Europa, los Estados Unidos y América Latina. Y creo que estar abiertos a estas transformaciones será la clave para prevalecer en paz y lograr sociedades sustentables.

La diversidad y el sentido de pertenencia son las características identitarias de los guatemaltecos y una de sus principales características sociales que demuestra a trascendencia que han tenido los pueblos indígenas y su presente y futuro en Guatemala.

La cuestión de la identidad es un proceso de construcción de gran complejidad, en el que intervienen ideas, costumbres, tradiciones, lenguas y herencias culturales que se mezclan. Se trata de un sistema que deber ser concebido como parte de una diversidad cambiante, en donde se vinculan muy estrechamente la historia y la política para dar vida a este proyecto de cultura que cada vez más se articula en América Latina.

Entrevista a José Alejandro Cepeda (Colombia)

La paz en Colombia, un vínculo en la construcción de la identidad



Analizaremos los aspectos fundamentales que definen la identidad colombiana en el marco del proceso de paz y los retos sociopolíticos para los próximos años. La vinculación de Colombia con Europa y Estados Unidos. Las disyuntivas originadas con respecto a la identidad latinoamericana y conexiones entre la región y la nueva era de globalización y digitalización.

La construcción de identidad colombiana ha sido un proceso histórico lento, que ha sido definido históricamente por aspectos de carácter pluriétnico, multicultural, político y social. Pasando por las dinámicas bipartidistas heredadas de la colonia, que provocaron desde entonces una fragmentación no solo social sino cultural, el proyecto nación de homogenizar la raza dejando de lado la población indígena y negra, la pérdida geográfica de Panamá, el abandono de las periferias, las luchas armadas campesinas y las sucesivas escaladas de violencia son parte del contexto donde se ha conformado la identidad colombiana.

En esta entrevista a José Alejandro Cepeda, analizaremos desde una perspectiva política los cambios que ha producido el Acuerdo de Paz en Colombia, cómo se ha perfilado la relación con Estados Unidos, la herencia occidental en Latinoamérica, la interacción con la globalización y digitalización en los procesos democráticos y la banalización política.Cepeda es un reconocido politólogo y periodista colombiano, doctor en Ciencias Políticas y de la Administración, profesor de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

Colombia ha sido realmente puesta nuevamente en el mapa en los años recientes. Más y más gente viaja al país. Oigo sobre Cartagena y Bogotá, y en verdad, hace algunos años ese no hubiera sido el caso, quizás por miedo, debido a los cárteles de la droga y demás. ¿Qué pasó desde entonces? ¿Ha habido un verdadero cambio sustancial?

> Yo creo que Colombia se ha ido estabilizando en cuanto a la seguridad en los años recientes, como resultado del Acuerdo de Paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y cierto crecimiento económico sostenido. Indudablemente el país es más seguro que hace veinte años, cuando había mucha violencia. Por ejemplo, hace un año se firmó el acuerdo entre el gobierno y las FARC. Hay muchos cambios en la mentalidad, pero también en la forma en que el país se está desarrollando ahora.

Proceso de paz en Colombia

¿Puede elaborar un poco sobre eso? ¿Cómo ha cambiado el proceso de paz al país? Si se lee sobre eso, es como si hubiera voces contradictorias un año después de firmarse ese tratado.

> Primero que todo, es un proceso largo. Pero lo que está pasando ahora es que el proceso está en vías de concretarse y requiere mucha paciencia. Creo que el país está comenzando

a entrar en una fase concreta y tomará por lo menos tanto tiempo como el desarrollo mismo del conflicto. Mi opinión es que Colombia necesita como tres décadas para llegar al punto de estabilización y eso es lo que esperamos.

Ahora mismo estamos esperando ver quién será el próximo presidente de la República. Por eso es que tenemos estos dos polos políticos: los defensores del proceso de paz dirigido por una eventual coalición de fuerzas de izquierda o de centro y la oposición liderada por el expresidente Álvaro Uribe. Esto es, creo yo, el panorama actual, un posible futuro positivo pero rodeado de mucha polarización política.

Usted mencionó la guerra civil y el período de tiempo que se necesitará para la reconciliación y la recuperación. Si usted ve la identidad de los colombianos en estos días, claramente una guerra civil de esa duración verdaderamente marca la identidad de un país. ¿Cómo se ven en estos días el país y su gente?

Esa es una buena pregunta. La identidad es un tema fuerte en Colombia, en un modo positivo o negativo. Creo que, cuando ha habido una guerra durante tanto tiempo, afecta no solo la naturaleza del país, sino la credibilidad de los mismos colombianos en su nación. Esto significa que se han afectado la confianza, el optimismo y la esperanza por el futuro en la última generación, durante medio siglo.

Sin embargo, es sorprendente cómo los colombianos nunca se rindieron y, al igual que otra gente en otros países que han sufrido violencia, han buscado sobrellevarla. Esta hermosa palabra es *resiliencia*.

Pero, por otro lado, los colombianos están cansados de la violencia. Mientras hay gente corrupta, fuera de la ley, que todavía afecta a nuestra sociedad, hay mucha más gente que es honesta y quiere tener una vida respetable dentro del orden institucional, desarrollo económico y, simplemente, disfrutar su vida. Creo que, por esa razón, Colombia no es solo blanco y negro. Hay mucha complejidad. Creo que la minoría es la gente que quiere quedarse en la zona de guerra.

«América Latina, como una adolescente, está justo llegando a un período de conciencia histórica de quien, como persona o como base política, está digiriendo el mundo.»

Interesante. Está Colombia y está el resto de América Latina, y todos tienen su propia historia particular. Otros países también tienen una suerte de historia violenta y otros, como Venezuela, están luchando en estos días. Están Argentina o Brasil, que solían ser potencias económicas. Si usted tuviera que describir el estado mental de todo el continente, ¿lo podría hacer?

Sí, creo que es bastante posible. Hace algunos años, cuando yo estudiaba en Alemania, oí de mi profesor Dr. Dieter Nohlen, que había realmente visto América Latina, quien dijo o escribió: «Latinoamérica es como una carcajada política, una viviente carcajada política». Creo que hay mucho de experimentación en pocos años, pero América Latina, como una adolescente, está justo llegando a un período de conciencia histórica de quien, como persona o como base política, está digiriendo el mundo.

La herencia europea y la herencia indígena de la mano

Usted mencionó el movimiento de liberación y la independencia y la interconexión de estas ideas con ideas europeas de liberación, hace doscientos años. Es muy obvio, si usted mira la identidad de América Latina y la herencia

europea que usted pueda tener. Primero que todo, ¿tiene usted ese tipo de herencia europea, y hasta qué grado cree que es vital para el continente?

Oh, sí. Me complace oír esa pregunta porque ya hemos hablado de identidad. La identidad es un problema fuerte en América Latina. Por una parte, queremos reconocernos como verdaderos americanos. Por otra parte, sabemos que tenemos una fuerte herencia de la cultura europea. Creo que la herencia europea es innegable. Por ejemplo, hablamos predominantemente lenguas romances, quiero decir español o portugués. Hemos aceptado el Estado de derecho como la visión superior, y los derechos humanos. Nos hemos movido hacia la democracia liberal y el capitalismo de mercado.

Por otro lado, aun los críticos, los movimientos revolucionarios izquierdistas en Cuba, en Nicaragua, aquí en Colombia las guerrillas, también copiaron la modernidad crítica de la izquierda en el marxismo. Han adoptado de Europa la oratoria de la revolución.

Seguimos siendo occidentales a nuestro modo, obviamente con un amplio rango de mezcla referida a nuestra herencia indígena nativa o la africana que llegó. Creo, en este sentido, que tenemos un amor por el *mestizaje*, la mezcla, que es una fuerte característica, y no una negación, del amor por nuestras naciones.

Vínculos entre Estados Unidos y Colombia

Usted también mencionó a los Estados Unidos de América, que claramente forman parte de Occidente y también han estado formando del paisaje latinoamericano. ¿Cómo es la relación de América Latina con los Estados Unidos, especialmente si lo compara con las palabras muy positivas y cálidas que acaba de encontrar para Europa?

Hay una suerte de idea política que sobrevive en Colombia en relación con los Estados Unidos. Siempre miramos hacia el norte. Para Colombia es uno de los mejores socios en América. Somos socios porque comprometemos la democracia, o porque justo hemos participado de nuestra visión de la democracia liberal y del gobierno en las últimas décadas. Como cualquier otra parte del mundo, los Estados Unidos son un punto de referencia. Se ha asimilado como un país decisivo históricamente por haber desarrollado tempranamente el Estado de derecho, el pluralismo y el mercado. La manera en que se disiente es un ejemplo, y no solo para Hollywood, o la cultura capitalista en los Estados Unidos, sino una forma política durante dos siglos.

Pero, al mismo tiempo, los Estados Unidos se han visto como hegemónicos, un actor internacional con mucho poder, que no lo ha usado siempre correctamente. Sin embargo, han corregido mucho de su estilo en relación con Latinoamérica, incluyendo Colombia. No sufrimos en este momento una intervención directa, como en los períodos encubiertos, pero durante el tiempo del presidente Trump hubo una puerta trasera en todos los niveles. Este es un problema no solo para América Latina, sino para la misma América. Creo que en relación con los Estados Unidos continuarán los problemas como las drogas narcóticas, la seguridad y, obviamente, la cooperación porque, como dije, en este punto en general somos socios. En Colombia tenemos una buena relación con el Partido Demócrata y el Partido Republicano.

Usted mencionó a Donald Trump y la búsqueda de la identidad americana, y mucho de esto también se encuentra en los países europeos, como la búsqueda de un quiénes somos, de una identidad revitalizante, claramente, al distinguirse de otros diciendo «esto somos nosotros frente a ellos». En Europa, se tiene una fuerte sensación contra el islam o la migración de países de mayoría musulmana. ¿Cómo percibe este tipo de fenómeno global que en el mundo occidental tiene algo que ver con el voto *brexit* en Inglaterra o lo que fue la

elección de Trump en los Estados Unidos? Se habla mucho de que puede ser un retroceso en la globalización y la digitalización. ¿Qué piensa usted de los acontecimientos de los últimos dos o tres años?

Creo que mucho está sucediendo en relación con la globalización, la digitalización y otras cuestiones interesantes, de modo positivo o negativo. Pero América Latina también es parte de la globalización y la digitalización, y por supuesto que este tipo de transición produce ganadores y perdedores. Aquí, obviamente, tenemos ganadores y perdedores.

Sobre eso, puede decirse que la región no es inmune al sentimiento de *posverdad*, información falsa, banalización de la búsqueda de la justicia, banalización de la política, en el proceso comunicativo. Pero una última cosa en relación con esa pregunta es que, claro está, estamos experimentando globalización y digitalización, pero no debemos olvidar que no todos en América Latina están conectados con la red, al mundo, en términos digitales. Eso significa que todavía hay mucho de no democracia, hay mucha exclusión, en términos legales. En América Latina no hemos recibido a la democracia para todos nuestros ciudadanos. Hay muchos retos en cuanto a conexión, a la posibilidad de lograr participación en términos políticos a través de nuevas tecnologías, y también en cuanto a no seguir, o copiar, los errores y a la banalización de los procesos comunicativos.

Como América Latina ha seguido el ritmo del resto del mundo y forma parte del mundo globalizado y digitalizado, usted también claramente parece ser de la opinión de que América Latina, a pesar de todo, es parte de Occidente. ¿Cuál diría que es la contribución que América Latina puede darle al mundo occidental, que está experimentando y padeciendo alguna forma de crisis?

Creo que América Latina es parte de Occidente, pero no en igualdad de condiciones. Somos en parte sus herederos. Pero estamos, en términos generales, obsesionados con copiar el estilo de vida, las instituciones políticas, la cultura y las formas que afectan al mundo. Pero, por otro lado, creo que podemos hacer algo bueno en términos políticos porque somos todavía un país joven, como dije, y eso quiere decir que somos una suerte de promesa de una nueva tierra en desarrollo. Todavía tenemos recursos naturales, mucho paisaje virgen, somos una parte joven del mundo. De modo que creo que en el futuro podemos reafirmar nuestra herencia europea-occidental y, al mismo tiempo, tratar de desarrollar un diálogo real con nuestras raíces y con nuestros recursos naturales, y en nuestro corazón desarrollar una verdadera democracia y un desarrollo económico.

«América Latina es parte de Occidente, pero no en igualdad de condiciones. Somos en parte sus herederos. Pero estamos, en términos generales, obsesionados con copiar el estilo de vida, las instituciones políticas, la cultura y las formas que afectan al mundo.»

Actualmente, Colombia construye su identidad nacional enmarcada en un proceso que busca unir y restaurar la memoria colectiva afectada durante tantos años por los acontecimientos de violencia, una estabilidad sociopolítica que viene dada por las acciones del Estado y ese carácter resiliente que ha motivado a los colombianos a emprender un camino hacia la reconciliación, el

reconocimiento y la tranquilidad. Esta ruptura de la asociación del colombiano con fenómenos de narcotráfico, corrupción y terrorismo representa un nuevo horizonte en la construcción de nación e identidad, que lleva a Colombia a posicionarse internacionalmente en relaciones comerciales y económicas, así como en las relaciones políticas con otros países de América.

Entrevista a Christian E. Rieck (Alemania)

La identidad política en América Latina



La identidad desde los hechos históricos y el comportamiento político de un continente que combina su pasado y su presente para destacar su conformación supranacional, al mismo tiempo que se contrapone a esta. Desde México a Argentina indagaremos las cualidades que unen y separan a estas sociedades latinoamericanas, su deseo de alcanzar una integración regional, la correspondencia con la cultura occidental, la vinculación con China y la posición de los Estados Unidos respecto a Latinoamérica.

Tradicionalmente, las naciones latinoamericanas se enmarcaron en una ideología independentista a la que le continuó un proyecto modernizador, de civilización y progreso, en el que el llamado *proyecto nación* —el blanqueamiento de las sociedades, los ideales fundacionales y las actitudes nacionalistas— propiciaría luego gobiernos autoritarios, golpes de Estado, conflictos territoriales, cambios a partir de la guerra fría, nuevos modelos de desarrollo económico y las reivindicaciones sociales, toda una gama de sucesos con características propias que definen la historia política de Latinoamérica y que son parte de la conformación de esta región.

En esta entrevista al germano-argentino Christian E. Rieck, profundizaremos en la dinámica de los sistemas políticos en los últimos quinientos años, las afinidades y contraposiciones sobre el concepto América Latina y la constante búsqueda de un regionalismo latinoamericano. Nos acercaremos a la influencia fundacional y el pensamiento crítico de la literatura latinoamericana. Conoceremos el compromiso latinoamericano con los principios y valores occidentales y las alianzas de América Latina con China y Estados Unidos.

Christian E. Rieck es un destacado politólogo, que realizó estudios en Bayreuth, Sevilla, Berlín, Hamburgo y Oxford. Es profesor adjunto del Instituto de Estudios Históricos de la Universidad de Potsdam. Ha sido profesor invitado de Relaciones Internacionales de la Universidad Humboldt en Berlín y la Universidad Rey Juan Carlos en Madrid.

Carlos Fuentes escribe en *Los cinco soles de México* sobre la diversidad de las naciones latinoamericanas, refiriéndose a Argentina y México que, aunque ambas latinoamericanas, no podrían ser más diferentes. ¿Es posible hablar de una identidad latinoamericana o existe solo en plural, como identidades latinoamericanas?

Es verdad, Argentina y México son antípodas. En el *Facundo*, Domingo Faustino Sarmiento, uno de los próceres de la nación argentina, contrapone la civilización y la barbarie como el dilema básico de la modernización. Aboga por el progreso, lo cual lo entiende como europeo, urbano, racional y científico-técnico. Basta contemplar la reinvención de Buenos Aires en el siglo XIX, que durante la Época Dorada (1880-1930) arquitectónicamente deja atrás el período colonial y con sus amplias avenidas y sus edificios de estilo francés se transforma en la París del Sur. Buenos Aires se convierte en una metrópoli en permanente búsqueda de atención y prestigio, que también anhela

el reconocimiento del Viejo Mundo mediante su urbanismo europeísta. Para Sarmiento, eso contrasta con el desierto, que es la pampa agraria e indígena, espacio casi infinito relacionado hasta hoy en día por muchos pensadores con *originalidad* y *autenticidad*, en clara contraposición con Sarmiento y su centralismo civilizatorio.

Este proyecto nacional propagado por las élites porteñas era europeizante u *occidentalizante*. Contrasta muy fuerte con la idea mexicana de *mestizaje*, como también Carlos Fuentes la propone en su hipótesis del pasado presente: uno debería recordar el futuro e imaginar el pasado. Después de 1978, en pleno centro de la Ciudad de México, se excavó el Templo Mayor. Así fueron expuestos (literalmente) los testimonios de la cultura azteca subyacente, para hacer visible ese horizonte cultural también en el paisaje urbano. Para Fuentes la historia no se va, sino que la sociedad mexicana actual y el Estado mexicano moderno combinan elementos del pasado y el presente, de las culturas indígenas y occidentales para formar un híbrido (también étnico), una cultura mestiza. Qué diferente fue el proyecto político-filosófico en Argentina, que quería crear una nueva civilización (de piel blanca), incluso una *segunda Europa*, a través de la inmigración masiva desde el Viejo Mundo.

Luego está Brasil, que siguió su propio camino en la era poscolonial. Inicialmente ese camino fue monárquico y aristocrático, y a partir de 1822 se convirtió en un proyecto republicano, y sin que la federación se fragmentara, como pasó en Hispanoamérica. Más allá de estas identidades nacionales, que se basaban en los proyectos nacionales de las élites criollas del siglo XIX, siempre existía una serie de identidades subnacionales, algunas complementarias, otras contradictorias: fuertes elementos afrobrasileños en el noreste de Brasil, por ejemplo, identidades indígenas en Bolivia o Ecuador, o las identidades híbridas de los habitantes de las regiones fronterizas, que regularmente tenían lazos familiares, culturales y religiosos con el estado vecino. Hoy además hablaríamos de una América Latina atlántica, pacífica o caribeña. El continente no es, y nunca fue, un monolito.

Construcción de la identidad y políticas compartidas en el continente

En su opinión, ¿existen líneas de identidad que se extienden por todo el continente? ¿Qué impacto tienen hoy, por ejemplo, en las políticas que los países del continente realizan entre sí?

Vale destacar que el término *América Latina* fue adoptado tanto por las élites criollas como por las sociedades hispanoamericanas, aunque inicialmente fuese una construcción europea. El francés Michel Chevalier lo definió en 1836 para distinguir a la región de la América del Norte de habla inglesa. No solo Simón Bolívar y José Martí utilizaban el término, o sea, miembros de las élites intelectuales y políticas. En las clases medias y populares también existe esa identidad común de ser latinoamericanos. Se trata de la evocación de un poderoso mito con raíces en la independencia regional, aunque fracasa repetidamente ante las realidades políticas de la región.

Me parece que esa identidad latinoamericana popular comienza a desarrollarse relativamente tarde en el Brasil lusófono y en la económicamente avanzada y altamente europeizada Argentina, a más tardar en los años sesenta del siglo XX. Aquí, en el Cono Sur, durante mucho tiempo existía más bien una identidad antilatinoamericana, ya que «América Latina» siempre fue imaginada como atrasada y subdesarrollada, sobre todo por las élites conservadoras. Este intento de marcar distancias con el resto de la región fue apoyado con relaciones destacadas con las grandes potencias europeas —y, más tarde, con los Estados Unidos—. Aquí luce otra vez el dualismo entre *civilización* y *barbarie*.

Sin embargo, siempre hubo horizontes panamericanos en materia de identidad, a pesar de que fuesen compartidos por diferentes

clases políticas y no por sociedades enteras. En el siglo XX, por ejemplo, existió en casi toda la región el proyecto nacional-conservador de los años treinta a setenta, cuando las clases medias y altas junto con las fuerzas armadas y la Iglesia oficial buscaban cimentar un modelo de sociedad cristiano-conservador. Ese modelo sí se entendía como americano y latino, pero a diferencia de lo que era visto como el modelo norteamericano y protestante de los Estados Unidos, marcado por los pecados del relativismo y del hiperliberalismo. Sobre todo, en la década del treinta, aquí este proyecto (por cierto, transnacional) se acercaba al fascismo sudeuropeo, especialmente en el Cono Sur, la subregión más desarrollada y más europea de América Latina. Por otro lado, a más tardar desde la década del sesenta, existía un proyecto social-revolucionario, apoyado por la clase trabajadora y las clases bajas políticamente articuladas, así como por la teología de la liberación de la Iglesia de base motivada por la cuestión social. Este proyecto también fue fuertemente transnacional y estaba basado en las intensas relaciones entre las correspondientes comunidades latinoamericanas.

Un verdadero regionalismo latinoamericano en el sentido moderno solo ha existido desde la década del sesenta, como reacción a la aceptación de que los problemas que plagan la región son compartidos y estructurales: el subdesarrollo, la dependencia económica, la fragilidad institucional y la estatalidad débil. Eduardo Galeano escribió el libro más influyente sobre este problema, *Las venas abiertas de América Latina*. Durante ese tiempo surgieron las primeras organizaciones regionales, como la Comunidad Andina, que incluyeron un cierto nivel de supranacionalidad que iba más allá de la mera coordinación política pero que, en general, no pudieron cumplir las esperanzas puestas en ellas. Hoy en día, hay muchas más organizaciones regionales, pero todavía hay poco *pooling* de soberanía. Por tanto, todos los mecanismos de integración regional, desde el Mercosur hasta la CELAC, no pueden realizar todo su potencial.

«[La] identidad común de ser latinoamericanos [es] la evocación de un poderoso mito con raíces en la independencia regional, aunque fracasa repetidamente ante las realidades políticas de la región.»

En Europa se ve a la Unión Europea como un resultado de valores compartidos, de una cultura, filosofía, historia y religión compartidas. Basado en este argumento, ¿no sería concebible también una unión de los países latinoamericanos? Y si no, ¿por qué fallaría?

A pesar de todo lo que se comparte, poco después de la independencia las grandes federaciones —entidades sucesoras de la colonia española— se desintegraron: la Gran Colombia en 1830, la secesión de América Central de México en 1823, la Argentina perdió hasta 1830 a Paraguay y Uruguay. Son dos las tendencias responsables que hasta hoy tienen un grado de validez: por un lado, está el unitarismo de las antiguas capitales de los virreinatos —la Ciudad de México, Lima, Bogotá, Buenos Aires—, que tratan de mantener la unión de los territorios grandes y poco poblados mediante un pronunciado centralismo. Por el otro lado, siempre hubo intereses particulares en la periferia de estos territorios, federalismos que se defendían ante ese centralismo ajeno, como pasó en Caracas, Santiago, Asunción. Se tardaría hasta casi el final del siglo XIX para que estos problemas de organización territorial fueran resueltos, después de sangrientas guerras civiles. Este trauma nacional sin duda influyó para que los países de América Latina, a

diferencia de Europa Occidental después de las guerras mundiales, no llegaran a un sistema de soberanía cooperativa o compartida.

Hoy autores como Walter D. Mignolo, de la Universidad de Duke, que critican el término *América Latina*, ya que está ligado al siglo XIX y separa más que une. Para Mignolo, también significa la incapacidad de los Estados de la región para involucrarse en mecanismos de integración regional más profundos. Por lo tanto, existe una larga tradición de *intereses nacionales* que se ve reforzada por un liderazgo altamente personalizado y carismático, como también por el caudillismo. Aquí uno no necesita utilizar como modelo explicativo al populismo que sigue presente en toda la región.

La cultura occidental y América Latina

Para mí, los países de América Latina pertenecen claramente a lo que hoy describimos como la cultura occidental, debido a la historia compartida que nos une desde hace más de quinientos años. ¿Se ve de la misma manera en América Latina? ¿Qué diferencias se hacen aquí entre los países occidentales, en América del Norte y Europa?

Para mí, también, los países latinoamericanos claramente forman parte de la cultura occidental. No solo comparten con Europa la historia colonial, sino también la historia de las ideas: desde el regreso a la democracia en la década del ochenta, la región parece compartir hasta los valores políticos de Occidente. Pero incluso antes, en tiempos de dictadura, exilio y revolución, las ideas europeas eran muy influyentes en América Latina. Las ideas de la Revolución francesa viajaron muy rápidamente a través del Atlántico, mediante las intensas relaciones personales que existían entre las capitales de ambas regiones. Stefan Rinke ha demostrado lo mismo para la época de la Primera Guerra Mundial. Eso muestra lo cerca que estamos. Durante los últimos quinientos años, Río de Janeiro, Buenos Aires y Ciudad de México siempre fueron nodos en las redes transatlánticas del conocimiento, aunque siempre hayan estado en la periferia occidental. En la década del sesenta, América Latina comienza una cierta emancipación intelectual, cuando con la teología de la liberación, la teoría de la dependencia, pero también en las ciencias sociales, una serie de nuevas ideas viajaron hacia Europa.

«Los países latinoamericanos claramente forman parte de la cultura occidental. No solo comparten con Europa la historia colonial, sino también la historia de las ideas.»

En el concierto de las potencias occidentales, Estados Unidos hoy se percibe como más dinámico económicamente, mientras que Europa es vista con más importancia cultural e histórica. Debido a la proximidad geográfica y los vínculos sociales, los Estados Unidos siguen siendo el destino más importante de la emigración legal e ilegal para casi todos los países de América Latina. Solo en Argentina, Brasil y Uruguay la situación es diferente porque hay muchos lazos familiares con Europa.

Latinoamérica y las disfunciones democráticas

¿Cómo se percibe América Latina a sí misma? ¿Cómo se perciben allí los países democráticos? El Estado de derecho, basado en la dignidad humana y su reconocimiento en los derechos humanos, es lo que une a los países de Asia,

Europa, Australia y América. Al mismo tiempo, la situación está complicada. ¿Se ve América Latina como parte de esta familia global, basada en el Estado de derecho, que apuesta por los mismos valores?

Incluso hoy encontramos en la mayoría de las sociedades latinoamericanas un complejo de inferioridad frente a los centros establecidos de la cultura occidental. Uno se enorgullece de su cercanía con Europa y Estados Unidos pero, al mismo tiempo, las diferencias en el nivel de desarrollo y la mayor estabilidad política y económica allí hacen que los latinoamericanos seamos una y otra vez conscientes de que nuestros países y sociedades todavía tienen mucho camino para recorrer hasta llegar a niveles similares. Es este complejo que autores como Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto llaman la *dependencia*. La identidad latinoamericana se alimenta no solo de esperanzas compartidas sino también de problemas comunes.

Laurence Whitehead, de la Universidad de Oxford, una vez describió a América Latina como el *mausoleo de las modernidades*, como una región que ha absorbido todo tipo de influencias occidentales pero que no las ha podido llevar a la madurez en la misma medida que Europa o Estados Unidos. Las instituciones del Estado de derecho y la democracia existen, pero su funcionamiento se ve perturbado por una cínica cultura política, por el populismo y el hiperpresidencialismo.

Formalmente, las repúblicas latinoamericanas corresponden al tipo de la democracia occidental, pero no en la práctica. A esto lo llamo *occidentalización parcial*: América Latina sin duda pertenece a la cultura occidental y está comprometida con los principios y valores que Occidente define como universales. Sin embargo, las tradiciones políticas locales continúan existiendo, lo que conduce desde la perspectiva euroatlántica a resultados inesperados, porque las instituciones de inspiración occidental no funcionan como en casa.

En este sentido, también la democracia basada en los partidos políticos en América Latina se ve socavada por el fenómeno llamado *floor-crossing*, cuando políticos cambian su afiliación partidaria después de las elecciones y, por ende, hasta pueden cambiar las mayorías en contra de los resultados electorales. El Poder Judicial no puede cumplir con su rol en la separación (y el control) de los poderes porque hay injerencia del Poder Ejecutivo. Los presidentes gobiernan por decreto porque los Parlamentos tienden a estar bloqueados permanentemente. También se pueden encontrar ejemplos de occidentalización parcial en términos culturales, como se ve en la corrupción endémica o la evasión fiscal. Los latinoamericanos quieren pertenecer a la familia global de democracias eficaces, pero duele ser consciente de estas disfunciones que dañan permanentemente la legitimidad de su propio modelo político y social.

Percepción de China en América Latina

La República Popular China está tratando de posicionarse también en los países de América Latina. ¿Cómo se percibe allí la involucración de la autocrática potencia mundial?

Desde el cambio de siglo, el comercio de los países latinoamericanos con China se ha disparado hasta llegar a ser el socio comercial más importante de casi todos los países de la región. Los altos precios de las materias primas y los productos agrícolas (los *commodities*) han provocado un auge en la región. Junto con las inversiones directas, las inversiones en infraestructura y la ayuda al desarrollo, esto inicialmente dio a China una imagen positiva.

China usó esta interdependencia para profundizar su huella en otros sectores: surgieron Institutos Confucio en varios países de la región, existen vínculos en materia de seguridad y defensa, por ejemplo, con los regímenes revolucionarios de izquierda en

Cuba y Venezuela. En Nicaragua hay planes de excavar con capital chino un segundo canal a través del istmo centroamericano. En Argentina existe un centro de control satelital que es de uso civil, pero está operado por las fuerzas armadas chinas.

La República Popular China ahora se percibe en la región como una potencia mundial, como un competidor de los Estados Unidos. Sin embargo, en la región predomina la opinión de no dejarse caer en un conflicto sistémico entre las potencias mundiales, bajo ninguna circunstancia. Se critica la presencia de China: bienes de exportación chinos muchas veces entran en competencia directa con la industria nacional y amenazan empleos de los que depende la región. Pero, en general, rige el pragmatismo. Un ejemplo de esto son los países de la Alianza del Pacífico, especialmente Chile, donde se está pensando desde la política cómo obtener beneficios económicos de la posición expuesta frente a China en la división de trabajo transpacífica. En Argentina el comercio con China se considera una oportunidad para reducir la dependencia de socios comerciales establecidos.

El carácter autocrático de la República Popular no es gran tema en la mayoría de los países en América Latina. Tal vez tenga que ver con la relación ambivalente con la democracia que tienen muchos de ellos, ya que en muchos lugares ha generado más libertad, pero no necesariamente más riqueza. Existe cierta admiración por el modelo de desarrollo chino, aunque a la política y a la sociedad les parece claro que este no se puede trasladar a la realidad latinoamericana. China parece exitosa y poderosa, pero también extranjera y lejana.

Joe Biden, continuidad y cambios para América Latina

¿Cuáles son las expectativas de la presidencia de Joe Biden en América Latina? Después de la presidencia de Trump, ¿quizás esperan allí una solidaridad y cooperación panamericana?

El interamericanismo está muerto. Nadie en la región cree realmente en una política fundamentalmente nueva de buenas relaciones de vecindad entre Estados Unidos y América Latina. La presidencia de Donald Trump desorientó a muchos en la región, pero aquí también hubo pragmatismo: con AMLO en México y Jair Bolsonaro en Brasil, los populistas de izquierda y derecha han tratado de ganar capital político a través de *relaciones carnales* con el presidente estadounidense, una diplomacia presidencial altamente personalizada. De poco les sirvió: Trump nunca mostró interés en Brasil y las críticas hacia México y los mexicanos en Estados Unidos estaban motivadas por razones de política interior. Eso no va a cambiar sustancialmente con Joe Biden, incluso si el discurso entre ellos se vuelve más civilizado.

Biden primero debe reconstruir la economía. Así mejorará la situación económica en América Latina, ya que Estados Unidos sigue siendo uno de los socios comerciales más importantes, especialmente para México y los países centroamericanos que gozan de acceso preferencial al mercado estadounidense. A pesar de una cierta congruencia de valores entre las democracias de América del Norte y del Sur, y del dominio cultural que ejercen los Estados Unidos en la región, es claro que los latinoamericanos tienen que resolver sus problemas por sí mismos. Esto no significa una equidistancia entre China y Estados Unidos, pero que un país como Colombia juegue un papel tan destacado en Washington y tenga un apoyo financiero tan significativo seguirá siendo la excepción. El giro de Estados Unidos hacia el Pacífico va a continuar. Como escribe Carlos Rangel: América Latina y los latinoamericanos continuarán siendo unidos por una relación de amor-odio con Estados Unidos. Se basa en una profunda y rica historia compartida, en particular, en el papel profundamente ambivalente que jugó Estados Unidos durante la guerra fría.

«Los valores occidentales, el republicanismo, la democracia, el liberalismo y la economía de libre mercado encontraron su camino hacia América Latina.»

Heterogeneidad e identidades híbridas

¿Qué puede aprender Europa de América Latina? ¿Qué similitudes vale la pena destacar para percibir adecuadamente al continente con sus múltiples identidades, para mirarlo e integrarlo con más fuerza en el futuro?

Se me ocurren dos cosas que Europa puede aprender de América Latina: primero está la orientación hacia el futuro de la región. Todas las ideas políticas occidentales fueron recibidas con mucho entusiasmo en América Latina. No solo el anarquismo, el socialismo y el fascismo. Incluso los valores occidentales, el republicanismo, la democracia, el liberalismo y la economía de libre mercado encontraron su camino hacia América Latina. Me impresiona este entusiasmo, la fe en la universalidad de las ideas occidentales.

Después está la actitud positiva hacia los inmigrantes. Las repúblicas latinoamericanas, especialmente en el Cono Sur, siempre han extendido la mano a quienes buscaran nueva esperanza y una vida mejor. La propuesta de poner su propio esfuerzo y su cultura del trabajo al servicio de la comunidad para ser recompensado con la ciudadanía sin tener que renunciar a sus propias raíces culturales: musulmanes libaneses en Argentina, judíos de Europa del Este en México, hermanos moravos en Honduras, menonitas de habla alemana en Paraguay. Claro que sigue habiendo aculturación, pero es más orgánica si los Estados aceptan que durarán dos o tres generaciones. Tener más confianza en esta heterogeneidad y dejar que ella se pueda expresar en identidades híbridas sería una lección valiosa para nosotros en Europa.

Hemos visto la trayectoria política de América Latina y cómo se concibe como parte de Occidente. Sus componentes históricos, culturales y lingüísticos son el ejemplo de sus virtudes como sociedades heterogéneas donde conviven lo europeo y lo originario. También vimos que el proceso histórico de conformación de este continente ha sido tan complejo como dinámico, fundado en sociedades feudalistas y caudillistas que, lejos de articular a estas naciones, polarizaron sus intereses y dificultaron, hasta ahora, una verdadera integración regional. Es menester reconocer las problemáticas propias que quiebran constantemente la legitimidad del modelo político y tomar la responsabilidad de fortalecer la calidad de la democracia en la región, la institucionalidad, los partidos políticos, la estabilidad económica, para que, desde su uniformidad y sus diferencias, finalmente, esta importante identidad híbrida logre impactar en el desarrollo de los países que la conforman.

Reflexiones finales: la inacabada construcción de la identidad regional

La pandemia de covid-19 ha sido un cataclismo de proporciones globales. Los efectos del coronavirus persistirán durante mucho tiempo, especialmente en Latinoamérica, pues el virus ha puesto frente a los ojos de las personas en todo el mundo la cuestión de si lo que creen sobre sí mismos, su país y su entorno corresponde realmente a la realidad. Las identidades rara vez escapan una prueba de fuego tan amplia y socialmente abarcadora.

Las personas que viven en la Unión Europea acaso se vieron arrojadas a mirar hacia sus narrativas e identidades nacionales más pronto de lo que hubiesen querido imaginar. Y es que, en respuesta a la propagación de la pandemia del coronavirus, los Estados europeos cerraron sus fronteras. Si algo formaba parte de la narrativa y, por ende, de la identidad de los europeos, era la libertad de movimiento. En los Estados Unidos se hizo bien evidente que una democracia moderna requiere de un sistema de atención médica para garantizar un nivel mínimo de equidad y como fundamento de una justicia sobre la que basar una sociedad libre.

En la República Popular China quedó claro que el liderazgo comunista hará todo lo posible para proteger aquello que considere parte de su reputación. Así, la policía exigió a los médicos que ya habían intercambiado información sobre el nuevo virus surgido en Wuhan a finales de 2019 que no siguiesen «provocando disturbios» y se abstuviesen de seguir hablando de una nueva enfermedad. El Dr. Li Wenliang, el primero en plantear el tema del coronavirus entre sus colegas y quien fuese censurado por las autoridades, murió poco después víctima de covid-19. Se sacrificó en cumplimiento de su deber médico y fue celebrado como un héroe por ello a lo largo de la red china. Las autoridades comunistas, temiendo que las protestas se salieran de control, dejaron que la gente expresara su disgusto en Internet antes de cerrar los foros correspondientes.

¿Y en Latinoamérica? En 2019, justo antes de la pandemia, hubo a lo largo del continente disturbios sociales en distintos lugares: Chile, Ecuador, Colombia, Perú y Venezuela. Las narraciones se topan con sus límites cuando la realidad se aleja demasiado de las tesis idealizadas. Latinoamérica cuenta tras de sí décadas de turbulencias. Aun así, y con excepción de una década a principios del siglo XXI, el continente ha experimentado crecimiento económico, una mayor esperanza de vida y más jóvenes acudiendo a las universidades. A pesar de ello, el surgimiento de un *continente de clase media* en esta región del mundo no se llevó a cabo pues, a diferencia de los cuatro tigres asiáticos y Japón, por ejemplo, donde reformas agrarias sentaron las bases para el crecimiento y el desarrollo y posibilitaron la transformación de Estados agrícolas en centros tecnológicos, en América Latina no se implementaron verdaderas

reformas sostenibles que pusieran fin a la desigualdad en esta parte del mundo.

Los académicos discuten por qué en los países latinoamericanos, donde fueron recibidas todas las revoluciones e innovaciones políticas, filosóficas y económicas del Viejo Continente, ninguna de ellas logró afianzarse y servir de punto de partida para un cambio fundamental. Un estudio de la OCDE de 2018 encontró que es en Latinoamérica donde toma más tiempo salir de la pobreza y establecerse en la clase media: en Chile, por mucho tiempo el niño modelo de América del Sur, se necesitan seis generaciones, en Brasil nueve y en Colombia once generaciones. El promedio de los países de la OCDE con respecto a dicha métrica es de 4,5 generaciones. Los países nórdicos están a la vanguardia: Dinamarca y Suecia necesitan entre dos y tres generaciones.

Por ello, los países cuyas identidades son tematizadas en este documento se encuentran muy por detrás de todos los demás países del hemisferio occidental. Todos los aquí entrevistados afirmaron la proximidad cultural hacia Europa y la proximidad económica hacia los Estados Unidos. No obstante, muchos latinoamericanos solo pueden, si acaso, soñar con el Estado de bienestar alcanzado por esos países democráticos —entre los que se incluyen los tigres asiáticos antes mencionados, así como Australia y Nueva Zelandia—. Surge entonces la pregunta de cuánto tiempo se puede seguir confiando en dichas identidades, las cuales son una realidad viva tan solo para unos pocos ciudadanos de clase alta que pueden estudiar en el extranjero o ser propietarios de una casa de verano.

Uno de los pocos desarrollos histórico-intelectuales que llegó a Europa desde Latinoamérica fue la teología de la liberación. Desarrollada por sacerdotes y teólogos que prestaban su servicio a la gente de las llamadas congregaciones de base, la teología de la liberación inspiró a los teólogos de todo el mundo. El Concilio Vaticano II, que concluyó en 1965, hablaba ya de una *opción por los pobres* y una Iglesia de la pobreza y para los pobres. El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez escribió en 1971 el libro *Teología de la liberación*, que representaría el preludio de un movimiento con el potencial de superar el orden cuasifeudal firmemente establecido y de cuya estrechez los pobres no podían liberarse. Sacerdotes y obispos fueron asesinados porque, tras esta opción por los pobres, viejos cuadros y cárteles se volvieron contra ellos.

«En América Latina no se implementaron verdaderas reformas sostenibles que pusieran fin a la desigualdad en esta parte del mundo.»

Sin embargo, Juan Pablo II —hoy canonizado— condenó duramente la teología de la liberación y con ello le negó a esa parte del mundo aquello que el poder eclesiástico y papal del Viejo Mundo estuvo dispuesto a hacer para la liberación de Europa del Este, a saber, poner en la balanza el comunismo. Las medidas disciplinarias contra el teólogo de la liberación Leonardo Boff, cuyas demandas de justicia lo acercaron a los ideólogos de la Unión Soviética, cortó las alas a la teología de la liberación en el Nuevo Mundo.

Coincidentemente, la Iglesia católica en Latinoamérica no cuenta con un estatus social comparable al de Europa. La Iglesia allí no actúa como mediadora entre las capas de la sociedad, aunque bien podría hacerlo, pues la mayoría de las personas, pobres o ricas, pertenecen a ella. La idea de un *bonum commune*, la demanda de una distribución justa y equitativa, solo cae en terreno fértil en aquel territorio donde las personas pueden identificarse entre sí y no en donde una pequeña minoría vive su vida alejada del resto de las personas. Las instituciones políticas de muchos países de Sudamérica tampoco se encuentran en la posición de poder moderar esta desigualdad, pues en ellas se mantiene una vieja sociedad feudal de clases que imposibilita el surgimiento de una nueva sociedad meritocrática.

La pobreza y la desigualdad son los dos factores que dan forma a la realidad de la mayoría de las personas, desde México hasta la Argentina, y, por ende, influyen de hecho en la creación de su identidad. Que este dato solo pueda deprimirnos es obvio. Uno de los interlocutores nombró a esto mismo como *dependencia*: la dependencia como uno de los datos fundacionales de las identidades latinoamericanas. Y con ello se refirió —por las razones mencionadas— a la percepción de inferioridad con respecto al resto de países democráticos del mundo. Este sentimiento de inferioridad acaso se haya transformado en un pensamiento de dependencia con relación al escenario político real.

Estados Unidos fue y sigue siendo un impulsor decisivo para el desarrollo regional de Latinoamérica. Los cuatro años en que Donald Trump fue presidente de Estados Unidos se caracterizaron principalmente por una retórica dura contra los inmigrantes ilegales. Esto va a cambiar. No obstante, si bien Joe Biden visitó varias veces el continente durante su mandato como vicepresidente, no hará de Latinoamérica una prioridad. El continente, que debido a la desigualdad social continúa sufriendo profundamente los efectos de la pandemia, no se recuperará si no participa en la Internacional Democrática que Biden quiere crear.

La percepción de la identidad o de las identidades es distinta en todo el continente. México y Argentina, en tanto que países fronterizos del mundo latinoamericano, sirven de ejemplo por su gran número de identidades y su variación regional. México, porque genera una nueva sociedad mezclando culturas locales y nuevas, la azteca y la española. Argentina, cuya sociedad se construye a partir de los inmigrantes blancos provenientes de Europa.

Por muy diferentes que sean las propias (y parciales) identidades regionales, los latinoamericanos se reconocen en los demás habitantes del continente. Ninguno de los entrevistados expresa malestar ni cuestiona la identidad latinoamericana de uno frente al otro. Semejante generosidad de afiliación une al sur con el norte, si bien, en lo que respecta a los Estados Unidos, quienes llegan a ese país son libres de verse y etiquetarse como

«Por muy diferentes que sean las propias (y parciales) identidades regionales, los latinoamericanos se reconocen en los demás habitantes del continente.»

estadounidenses. No obstante, también es cierto que, en el norte, la desigualdad social prevalente depara a unos una vida acomodada y a otros una vida modesta. En Estados Unidos, como en todo el mundo, el factor decisivo es si la gente vive en metrópolis o en zonas rurales. En la gran ciudad, las diferencias y la diversidad son el pan de cada día, mientras que, en otras regiones, con áreas escasamente pobladas, la afirmación de una cultura líder se extiende con mayor fuerza.

Esta distinción es, por supuesto, tan superficial como la afirmación que se escucha una y otra vez en México de que, debido a su propia cultura mestiza, ese país no tiene una sociedad racista. Sin embargo, México se divide según las posibilidades económicas que, a su vez, están vinculadas con el origen. A quienes emigran del campo a la ciudad para ganarse la vida, les espera un trabajo físico arduo.

La vida como inmigrante latinoamericano en los Estados Unidos se diferencia, eso es seguro, de la de un expatriado que tal vez llega con un título de una universidad norteamericana prestigiosa y, por ende, tiene oportunidades profesionales diferentes, mucho más arriba en la escala social, que aquellos que vienen del sur.

Por su parte, los interlocutores argentinos señalan que los rasgos étnicos son allí predominantemente blancos y, por ende, tienen una valencia menor al marcar las diferencias. Esto puede

resultar más cercano a la percepción europea, en donde la cuestión sobre qué significa ser un alemán, francés o inglés *verdadero, originario* o *puro* —incluida en la pregunta «¿usted de dónde es originario?» hecha a ciudadanos de cuarta generación— no tiene una respuesta clara. Hoy, la migración, las identidades diferentes, la convivencia representan un desafío para muchas regiones del mundo. En especial en Europa, cuyas sociedades se han parcelado según la confesión religiosa y a cada sector religioso se le ha proporcionado un idioma propio —distante de la cultura latina y del lenguaje político occidental— gracias al entusiasmo de sus propios traductores bíblicos. Por ello, un entendimiento de la vida en común, más allá de las identidades nacionales propias, es un fenómeno relativamente reciente. Sin duda, Latinoamérica cuenta con todos los anclajes a su disposición para preservar la diversidad en la búsqueda de la identidad, cultivando la apertura hacia nuevas identidades.



Prof. Dr. Dr. Alexander Görlach

Miembro senior del Carnegie Council for Ethics in International Affairs en Nueva York e investigador asociado en el Internet Institute de la Universidad de Oxford. Antes de esto, ocupó cargos en la Universidad de Harvard en los EstadosUnidos y en la Universidad de Cambridge en el Reino Unido. Tiene un doctorado en Religión Comparada y en Lingüística. Es profesor honorario de Ética y Teología en la Universidad Leuphana de Lüneburg, Alemania. Su trabajo de investigación trata sobre narrativas de identidad, el futuro de la democracia y el orden mundial liberal, y la política y la religión. Sus publicaciones recientes son *Homo Empathicus - On Scapegoats, Populists & Saint Democracy* (Brookings, 2021) y *Focus Hongkong - Why the Future of the Free World will be Decid in China* (Hoffmann & Campe, 2020). Görlach es colaborador de opinión, entre otras publicaciones, del *New York Times*.

Foto © Hong Kiu Cheng